



PARTIDO OBRERO SOCIALISTA INTERNACIONALISTA
Sección en el estado español de la IV Internacional

C/ Desengaño 12 1º3-A 28004 Madrid / inforposi@gmail.com
Telefono: 91 522 23 56 / Fax: 91 521 72 01

www.posicuarta.org

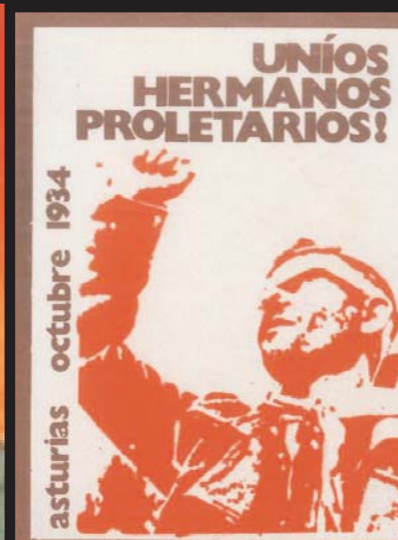
La emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos

COMBATE SOCIALISTA

Órgano del Comité Central del POSI
PARTIDO OBRERO SOCIALISTA INTERNACIONALISTA
Sección de la IV Internacional en el Estado español

Nueva época - Nº 19
Octubre 2009
Precio 3€

A 75 años de la Alianza Obrera y de la revolución en Asturias (1934)





En las imágenes de portada aparecen carteles para conmemorar la insurrección de Asturias de 1934, vehículo blindado por los milicianos con las siglas UHP y en la foto, Manuel Grossi vicepresidente de la Alianza Obrera de Asturias

S U M A R I O

- 1.- Por qué ahora reivindicamos la insurrección obrera asturiana de octubre de 1934
por Daniel Cuadrado..... Página 3
- 2.- La Alianza Obrera y la lucha por el Frente Único.
por Josep A. Pozo..... Página 7
- 3.- Testimonio histórico de Octubre de 1934
por Manuel Grossi..... Página 22
- 4.- Para comprender la Alianza Obrera y el movimiento de Octubre
por Miguel Ángel Serrano..... Página 34



PARTIDO OBRERO SOCIALISTA INTERNACIONALISTA
Sección en el estado español de la IV Internacional

C/ Desengaño 12 1º3-A 28004 Madrid / inforposi@gmail.com /
Telefono: 91 522 23 56 / Fax: 91 521 72 01

POSI

www.posicuarta.org

todos los frentes se desmoronan desde el día 13 hasta que el 17 Ochoa ha logrado concentrar todas las fuerzas gubernamentales para llevar a cabo el asalto final.

El 17 ante la situación en que los revolucionarios se encontraban se empieza a hablar de rendición. El 18 a las 15:00 Belarmino Tomás salió para Oviedo en un coche con una pistola montada en el bolsillo de su chaqueta para negociar con López Ochoa. Éste relata así el encuentro:

B.T.: ¿Se puede?

L.O.: Entre.

B.T.: ¿Es usted el general López Ochoa?... Yo soy Belarmino Tomás.

López Ochoa le responde cordialmente y entonces éste le dice: *Antes de que empecemos a tratar de lo que aquí me trae quiero que no pierda usted de vista que quienes nos hallamos frente a frente somos dos generales, el de las fuerzas gubernamentales es usted y el de los revolucionarios que soy yo. Vengo a decirle que estamos dispuestos a dar por terminado el movimiento siempre que lleguemos a una inteligencia, pero no a rendirnos sin condiciones. Nos falta munición pero tenemos dinamita suficiente para retrasar dos meses la entrada de las fuerzas en la cuenca.*

L.O.: Tiene usted razón. Dada la topografía de las zonas mineras es evidente que eso nos costaría muchas víctimas.

La propuesta de López Ochoa fue finalmente aceptada por el Comité en términos generales con una salvedad, la referida a la entrega de armamento que se recomienda sea ocultado, al menos en parte. Una vez aprobado, Belarmino Tomás salió al balcón del ayuntamiento de Sama de Langreo para rendir cuenta a los varios millares de milicianos armados que se encuentran en la plaza esperando. Manuel Grossi Mier, nos narra su discurso.

El 19 de octubre de 1934 caía el último bastión revolucionario. Ya desde antes, pero sobre todo a partir de la rendición, se desataba el terror blanco protagonizado por la guardia civil. Éste duraría aproximadamente tres meses y estaría encabezado por el comandante Lisardo Noval, participe en 1932 del golpe de Estado de Sanjurjo y supuesto encargado de la represión que se sucedería al mismo por parte del general Franco. Uno de los mayores centros de detención y torturas fue el Convento de las Adoratrices en Oviedo pero lo que allí aconteció difícilmente superó la matanza de la Curuxona en Carbayín, donde 24 revolucionarios de Langreo fueron salvajemente torturados y asesinados. Asturias aportó el 72,8% de los detenidos en todo el Estado. En las cuencas mineras la Guardia Civil detuvo a más de 25.000 personas, de las cuales más de un tercio ingresó en prisión.

ciudades más importantes, Oviedo y Gijón, y en Avilés, Mieres y Langreo. La población activa giraba en torno a los 200.000 trabajadores de los cuales 110.000 lo eran del sector industrial -50.000 de éstos mineros y metalúrgicos-. La afiliación sindical era una de las más altas del estado español superando el 68%: la UGT contaba con unos 40.000 afiliados de los que 25.000 lo eran al sindicato minero; la CNT tenía 21.556; el Sindicato Único Minero 5.000; la Federación Socialista Asturiana 8000; las Juventudes Socialistas 2.200; las Juventudes Comunistas 1.400; la Federación Anarquista Ibérica 800; el Bloque Obrero y Campesino unos pocos, en Mieres sobre todo, y la Izquierda Comunista otros tantos, en Gijón mayoritariamente. Las fuerzas gubernamentales en Asturias al estallar la insurrección eran de aproximadamente unos 4.000 hombres entre guarniciones militares, guardia civil, guardia de asalto y carabineros, etc., a los que había que añadir la fuerza aérea procedente de la base de León y algunos buques de la Armada como el Jaime I y el Cervera. En los últimos días de la revolución las tropas del ejército que operaban en Asturias superaban ya los 20.000 hombres. Las fuerzas revolucionarias no superaron, en cambio, los 15.000 combatientes, pues una parte importante de voluntarios no pudieron entrar en combate por falta de armamento y sobre todo de municiones.

A pesar de los intentos de mantener la paz social y evitar la conflictividad laboral durante la etapa de gobierno republicano-socialista la clase obrera asturiana, fuertemente organizada y altamente concienciada, protagonizó numerosos conflictos y huelgas que tuvieron enorme repercusión e incidencia, desbordando en muchas ocasiones a sus propios dirigentes. Así ocurrió con la del 14 de noviembre de 1932, cuando el sindicato minero de UGT convocó la primera huelga general en la minería desde la proclamación de la República, a la que se sumaron 25.000 mineros; o la del 21 de noviembre en la empresa Duro Felguera, situada en Langreo que duraría nueve meses afectando a 2.400 obreros; o la huelga general el 8 diciembre en Langreo, Gijón, Candás, Villaviciosa, Ribadesella, etc. que, en solidaridad con los huelguistas de la anterior, afectó a más de 30.000 trabajadores de seis a ocho días; o la del 19 de febrero de 1934 en solidaridad con los obreros austriacos aplastados en Viena y Linz por Dollfus que contabilizó 9.000 mineros en huelga.

El uno de octubre la CEDA provoca la crisis del gobierno y ya se sabía que iba a entrar en el mismo con tres ministros. Estallaba la revolución.

El primer ataque se produjo en el área de Llanera a última hora del día cuatro. El Socialista diría *“Llanera prendió la hoguera de la revolución y la prendió con tres disparos inoportunos”*. Esta primera refriega se desarrolló incluso antes de que el Comité de la alianza obrera reunido en Oviedo determinara el plan a seguir y sus horarios y fue un fracaso. El incidente hizo que desde Oviedo salieran refuerzos gubernamentales hacia Mieres en las primeras horas de la madrugada del día cinco ya que a esas horas la capital de la región aún conservaba su tranquilidad habitual.

Estos acontecimientos tuvieron una gran significación: no sólo una parte importante de las armas que debían ir a Gijón fueron abandonadas sino que el factor sorpresa, sobre todo en el caso de la toma de Oviedo, desapareció.

Sin embargo, desde el primer momento, el ejército renuncia a la ofensiva cediéndosela a la revolución, tan sólo realizaron un tímido intento en la madrugada del día cinco cuando trataron de acudir en ayuda de los guardias civiles de la cuenca minera del Caudal y, en primer lugar, de los de la localidad de Olloniego, auténtico nudo de comunicaciones. Pero para entonces los cuarteles de la zona, incluido el de Olloniego, ya habían caído en manos de los revolucionarios. Avisado el cuartel de la guardia civil de Oviedo, el gobernador Blanco de Santamaría ordenó enviar refuerzos, entre los que se encontraba la cuarta compañía del segundo batallón del regimiento número tres de Oviedo. El encuentro con los revolucionarios se produjo sobre las siete de la mañana en el Alto de la Manzaneda, donde finalmente a eso de las 18 horas las fuerzas del gobierno tienen que abandonar sus posiciones replegando se hacia Oviedo. En cierta forma la Batalla de la Manzaneda abrió el camino hacia la revolución en Asturias.

Cuando llega la noche toda la cuenca minera de los ríos Caudal, Aller y Turón está en manos de los revolucionarios mientras en la del río Nalón se resistía el cuartel de Sama de Langreo, que caería horas más tarde. La revolución se extiende. Pero en Gijón la situación era muy distinta. Las armas nunca llegaron a pesar de las reiteradas peticiones de José María Martínez de la CNT. A falta de estas el Comité se decide por esperar, perdiendo un día. Mientras, el teniente coronel Moriones, promulgado ya hace horas el estado de guerra, concentra sus fuerzas en el centro y en el puerto del Musel, dejando los barrios en manos de los revolucionarios. La situación se estabiliza aparentemente hasta que comienzan a llegar los refuerzos gubernamentales por mar, especialmente las tropas del teniente coronel Yagüe. La revolución en Gijón tiene las horas contadas.

El día 11 las tropas de Ochoa, que dirige su columna desde Avilés, están prácticamente a las puertas de Oviedo y las que dirige Yagüe (Legión y Regulares de Ceuta) a escasos 15 km. de la capital. Ese día el Comité Revolucionario provincial se reunía a las afueras de Oviedo. Ramón González Peña informó de que Asturias se había quedado sola en la lucha y se vería invadida por todas partes sin que fuera posible contener el avance de las tropas ni contrarrestar los bombardeos de la aviación. De esta forma los revolucionarios se van replegando sobre las cuencas mineras mientras se reconstruyen los comités tras la crisis que desata la cercanía y la ofensiva de las tropas de Ochoa de Oviedo. El tercer Comité Revolucionario, formado el día 13, se encontró con una situación contradictoria porque por un lado estaban en su mayor parte convencidos de que la resistencia era inútil y que por tanto la misión fundamental era preparar el repliegue, pero por otro lado la revolución no quería replegarse en la base del movimiento pues una gran cantidad de obreros querían continuar la lucha. El frente sur, el centro-occidental,

Por qué ahora reivindicamos la insurrección obrera asturiana de octubre de 1934

Por Daniel Cuadrado

A últimas horas del 3 de octubre de 1934 el Presidente de la II República nombra un gobierno con ministros de la CEDA, próximos al fascismo y dispuestos a erradicar el movimiento revolucionario de las masas obreras y campesinas que había traído la República, eliminar las conquistas logradas y aplastar a las organizaciones. Antes de que el nombramiento sea público se declara el estado de guerra contra las organizaciones obreras. El Partido Socialista, la UGT y las Alianzas Obreras -coaliciones unitarias formadas en diversas zonas con composición diversa- convocan huelga general revolucionaria contra el golpe de Estado.

La amplitud y duración de la huelga muestra la determinación de las masas. Pero los dirigentes socialistas se demoran, vacilan y eso permite que el ejército asalte las casas del pueblo, acuardele a las tropas y desbarate el levantamiento insurreccional en Madrid y a escala estatal. Los dirigentes de la CNT¹ combaten la huelga, lo que impide una insurrección en Barcelona (entonces, la capital obrera) y en el conjunto de Cataluña. La insurrección obrera sólo llega a ser una realidad en Asturias y en diversas poblaciones de todo el país. Sólo en Asturias, la unidad obrera hace que la insurrección triunfe, hasta que la aplasta a sangre y fuego el ejército, que también encierra a los dirigentes del PSOE y la UGT (y al gobierno de la Generalidad de Cataluña, que se había levantado por su lado).

Como expone en estas páginas Manuel Grossi², uno de sus principales dirigentes, durante días, los comités de la Alianza Obrera Revolucionaria fueron el gobierno de Asturias, representando la decisión de toda la clase obrera del Estado español de defender la revolución empezada el 14 de abril de 1931. En efecto, a partir del derrocamiento de la Monarquía, encabezado por los trabajadores y sus organizaciones, las más amplias y diversas capas populares se pusieron en marcha para acabar con la explotación y todas las formas de opresión mantenidas durante siglos por los latifundistas, el clero, el aparato de Estado monárquico, al servicio del capital. Era la respuesta al paro y la miseria generados por el capitalismo en los años de la gran depresión, precedente del hundimiento económico actual.

La República, dirigida por personal de la Monarquía y por republicanos ligados a la burguesía (con la participación y el apoyo de los dirigentes de las organizaciones obreras), ni dio la tierra a los sin tierra, ni defendió a los trabajadores de las agresiones del capitalismo en crisis, no reconoció la libertad de las nacionalidades ni la independencia de las colonias. Josep A. Pozo³ analiza cómo las

cortas reformas aprobadas por las Cortes eran boicoteadas por los latifundistas, la patronal y el aparato de Estado, que extremaba la represión. Apoyándose en la división y frustración que ello produjo entre las masas, la reacción se dispuso en 1933-34 a arrasar a los trabajadores y sus organizaciones, asesinando a trabajadores, derogando reformas, destituyendo ayuntamientos socialistas, atacando casas del pueblo. Y atacando también las reformas y atribuciones de la Generalidad.

Pero en la clase obrera de la ciudad y del campo, y en todas las organizaciones de los trabajadores, se abría camino un profundo movimiento que buscaba realizar el impulso revolucionario de 1931. El levantamiento de Asturias representó un hito decisivo de ese movimiento de toda la clase obrera, de grandes masas.

Una encrucijada para el movimiento obrero europeo

El grito de la Alianza Obrera, *“¡Uníos, hermanos proletarios!”*, resuena en toda Europa.

Josep A. Pozo analiza cómo el movimiento revolucionario que trajo la II República continuaba la serie de revoluciones obreras con las que los trabajadores de Europa emprendieron el camino abierto por la Revolución de Octubre de 1917, buscando la expropiación del capital y la toma del poder por los trabajadores. Se explica cómo las derrotas sufridas en 1933-34 por los trabajadores alemanes ante el nazismo y por los austriacos ante un régimen corporativista autoritario, alarman a las clases obreras europeas, producen una oleada de radicalización. En el Estado español, ante las embestidas de la contrarrevolución, esa radicalización sacude todas las organizaciones y afirma la idea de levantar un frente único de trabajadores y organizaciones por las reivindicaciones obreras y democráticas, por el armamento de los obreros y los campesinos.

La rebelión de las masas contra la miseria capitalista y la reacción lleva a cientos de miles de jóvenes y trabajadores a la CNT, la UGT, el Partido Socialista, las Juventudes Socialistas, la FAI⁴ y las Juventudes Libertarias. La dirección de todas esas organizaciones pasa a manos de los sectores que se proclaman revolucionarios⁵.

Para derrotar a la reacción, los trabajadores buscan la unidad de las organizaciones, tanto a nivel sindical como político, lo que se expresa en particular en el surgimiento de las Alianzas Obreras, en diciembre del 33 en Cataluña, extendiéndose con diverso alcance a otras zonas, como analiza el mismo artículo.

Los dirigentes faístas de la CNT desgastan las fuerzas obreras en levantamientos como la huelga revolucionaria de diciembre de 1933, buscando expresamente mantener la división con las organizaciones socialistas, inclusive cuando éstas encabezan movimientos huelguísticos de la mayor importancia. Sin embargo, la CNT no era ajena al impulso unitario de las masas, por lo que en el Plenario de febrero de 1934 las federaciones asturiana, del centro y gallega propugnan el frente único con la UGT; en julio de 1934 la CNT ofrece a la UGT buscar la acción conjunta, declaración que ni tiene respuesta ni va más allá. Durante la huelga revolucionaria de octubre, mientras la CNT combate la huelga, envía un emisario al dirigente socialista Caballero ofreciendo participar si se le garantiza que no se proclamará la dictadura del proletariado, pero a pesar de la respuesta no se incorpora, renunciando una vez más al liderazgo de las organizaciones obreras en beneficio de la ERC.

Largo Caballero, dirigente del ala izquierda socialista, y sus partidarios no sólo agitan llamando a la revolución sino que organizan durante ocho meses un gran dispositivo para la insurrección obrera, con el que colaboran decenas de miles y al que contribuyen económicamente amplísimos sectores de la clase obrera. Nunca un movimiento revolucionario había tenido tan profundas raíces. Sin embargo, el lector verá cómo también ellos desgastan las fuerzas obreras aislando y derrotando al medio millón de afiliados de la Federación de Trabajadores de la Tierra y otras importantes huelgas, para no precipitar el enfrentamiento entre clases. Y se instalan en la división: incluso después de salir del gobierno que masacraba cenetistas, renuncian a defender a la CNT, no dan ningún paso serio para acercarse a las masas obreras que se reconocen en la confederación anarcosindicalista. A las ejecutivas del PSOE y la UGT llegan todos los días resoluciones de instancias socialistas y ugetistas planteando el problema de la unidad, pero Caballero había formado el Comité de Enlace Revolucionario Nacional con las ejecutivas de PSOE, UGT y JS, y comités de enlace a otros niveles, y para él eso era ya la Alianza Obrera. La CNT y demás, *“que vengan a las alianzas obreras”*. A su vez, éstas debían ocuparse sólo de la preparación técnica y conspirativa de la insurrección, sin mítines unitarios u otras acciones.

La noche del 3 de octubre es la hora de la verdad. La dirección de la CNT combate la huelga revolucionaria, sin lograr impedir que haya huelga en Barcelona y que los obreros tomen Sabadell y otras poblaciones. Se niega a que los obreros tomen el poder. Por su parte, Caballero está a la espera del golpe de Estado, confía hasta el último momento en que el presidente Alcalá Zamora no admita la entrada en el Gobierno de la CEDA, y con ello deja que el mando militar tome la iniciativa y desmonte el dispositivo para la insurrección.

Es decir, en última instancia la izquierda socialista subordina la revolución obrera a los políticos y militares republicanos burgueses y pequeñoburgueses. Al constituirse el Comité de Enlace Revolucionario se planteó que si la insurrección era meramente de defensa de la República se podría contar con los oficiales masones y con los republicanos pequeñoburgueses, pero si era de clase, no. En prin-

cipio, se optó por el movimiento de clase, pero esa ambigüedad no se despejó nunca, pues se mantuvo adrede la vaguedad de los objetivos de la insurrección: defender la República, sí, pero ¿cómo? ¿Expropiando al gran capital? Caballero nunca cortó las ilusiones de Prieto⁶ en la colaboración de los republicanos pequeñoburgueses, que a la hora del levantamiento se mantuvieron totalmente al margen cuando no participaron en el aplastamiento de los obreros asturianos como algunos generales *“amigos”*.

Los huelguistas de Barcelona, los que en Madrid y Bilbao van a la huelga durante ocho días, los de cientos de poblaciones son una sola clase obrera decidida a enfrentarse con el capital y su Estado. Y al día siguiente del aplastamiento de Asturias, con 1.335 muertos y 30.000 presos políticos a escala estatal, toda la clase obrera asume con orgullo la gesta asturiana. Las masas preparan ya el 36.

Pero los dirigentes de sus organizaciones no están dispuestos a romper la subordinación a la burguesía (a través de los *“republicanos”* pequeñoburgueses de Madrid o de Barcelona) para que esas organizaciones tomen el poder. Preparan una nueva coalición dirigida por los republicanos burgueses: el Frente Popular. Como diría más adelante el programa fundacional de la IV Internacional, Programa de Transición, sacando las lecciones de las revoluciones obreras que siguen a la Revolución Rusa, *“la crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria del proletariado”*.

De la Oposición de Izquierda al Movimiento por la Cuarta Internacional

El problema de la dirección es el que se plantea al movimiento obrero internacional a raíz, sobre todo, de la derrota sin combate de la clase obrera alemana al subir Hitler al poder en 1933.

El 5 de abril de 1933, el Comité Ejecutivo de la III Internacional, tras la catástrofe alemana (subida de Hitler al poder), se reafirmaba en la línea política seguida por el Comité Central del PC alemán como correcta *“antes y durante el golpe de estado de Hitler”*. Esa línea se basaba en considerar que fascismo y socialdemocracia eran *“hermanos gemelos”*, y que por tanto no era posible una alianza con los dirigentes socialdemócratas para hacer frente a Hitler, lo que llevó a la derrota de un proletariado alemán dividido y que no presentó batalla contra los nazis. Ninguna organización de la III Internacional reaccionó o se opuso a esta resolución.

La desintegración del capitalismo en los años treinta, económica, política y social, exigía a la clase obrera en todas partes la toma del poder para satisfacer las reivindicaciones más elementales.

Las derrotas de las revoluciones obreras en Hungría (1918), en Alemania (1923), después del triunfo del fascismo y el corporativismo en Italia (1922), Portugal (1926) y del levantamiento chino de 1927 expresaban que no había otra alternativa a las aspiraciones al poder de los trabajadores que la barbarie capitalista.

La Oposición de Izquierda Internacional, que surge en 1930 como extensión de la Oposición de Izquierda del

mió el poder del clero ni disminuyó el peso político reaccionario del ejército, ni estableció más que tímidas reformas en la legislación laboral, cuestiones clave en el camino de la revolución; y este gobierno era sostenido por el PSOE y la UGT. Es más, el gobierno del que forman parte reprime el levantamiento anarcosindicalista de 1932 en el Alto Llobregat, la Guardia de Asalto asesina a los campesinos en Casas Viejas y un largo etcétera.

Pero la situación revolucionaria creciente se reflejó necesariamente en el PSOE y en su sindicato la UGT. El proletariado industrial, el campesinado y las bases del propio partido incrementaron exponencialmente su presión para que, en lugar de colaborar, defendieran una política independiente de los partidos burgueses. Fue así como se rompió el primer gobierno republicano socialista y se colocaron ante la compleja alternativa de acudir solos a las elecciones.

Como es lógico, la derecha se revitalizó y finalmente se unió en gran medida en torno a Acción Popular, partido dirigido por Gil Robles, para crear la Confederación Española de Derechas Autónomas el 5 de marzo de 1933. En agosto, José Antonio Primo de Rivera fundaba la Falange Española. Durante la campaña electoral los choques y enfrentamientos entre militantes de la izquierda (socialistas y comunistas) con militantes de la CEDA y de Falange fueron frecuentes. Así por ejemplo el candidato socialista por Granada, Fernando de los Ríos, fue tiroteado varias veces cuando acudía a actos electorales. Por su parte, Gil Robles ya mostraba a todas luces sus simpatías por los fascismos europeos cuando el 15 de octubre de 1933 en el cine Monumental de Madrid declaró que *“necesitamos el poder interno y eso es lo que queremos. La democracia no es para nosotros un fin sino un medio para ir a la conquista del estado nuevo. Llegado el momento el parlamento o se somete o lo haremos desaparecer”*. A su vez, el periódico de la derecha católica *Debate* decía: *“Queremos una patria totalitaria”*.

Los resultados de la convocatoria electoral de noviembre, en esa situación y con los rigores de la represión y la corruptela caciquil, eran previsibles: los campesinos estaban decepcionados ante la ausencia de una reforma agraria; el voto obrero no partidario que culpaba a los socialistas de complicidad con la represión republicana se abstuvo; lo que quedaba de *“clase media”* se volcó en la búsqueda de la *“paz social”* ofrecida por centristas y derechistas. La CNT, dirigida por la FAI, hizo campaña además por la abstención, que en algunas capitales de provincia andaluza llegó a estar por encima del 45%. El 23 de octubre, en un mitin celebrado en Gijón, llegaron a afirmar que *“antes que votar a los socialistas debía votarse a los fascistas”*.

Contradictoriamente, con avances y retrocesos, los socialistas españoles comenzaron a buscar un nuevo camino. Araquistáin, jefe del estado mayor de la intelectualidad caballerista, llegó a afirmar desde la revista que dirigía, *Leviatán*, que el aniquilamiento del Partido Socialista alemán a principios de 1933 era la bancarrota del evolucionismo reformista. En mayo del 34 defendía que *“La República es un accidente, hay que volver a Marx y a Engels no con los labios sino con la inteligencia y la*

voluntad. El socialismo reformista está fracasado. Nos engañamos casi todos y ya es hora de reconocerlo. No fie-mos únicamente en la democracia parlamentaria, incluso si alguna vez el socialismo logra una mayoría. Si no emplea la violencia, el capitalismo le derrotará en otros terrenos con sus formidables armas económicas; el capitalismo no se dejará conquistar pacíficamente como lo fueron las derechas monárquicas por los republicanos”.

El 23 de julio de 1933, Largo Caballero pronunció un discurso en el cine Pardiñas de Madrid: *“El Partido Socialista va a la conquista del poder dentro de la Constitución y de las leyes del Estado pero si se nos dice que por ser un partido de clase no podemos gobernar tendremos que conquistar el poder de otra manera”*. En septiembre anunció incluso que *“hemos cancelado nuestro compromiso con los republicanos. Yo prefiero la anarquía y el caos al fascismo. La clase trabajadora debe aspirar a tener en sus manos el poder íntegramente. Tenemos que convertir el régimen en repúblicas socialistas”*.

Una vez hubo vencido la CEDA en las elecciones, el gobierno de Lerroux empezó a promulgar leyes contra los pequeños avances del gobierno republicano-socialista. El 25 de mayo de 1934 se deroga la ley de términos municipales que permite que los patronos vuelvan a contratar jornaleros foráneos del municipio. Se devuelven las tierras expropiadas; los propietarios tendrán libertad para despedir jornaleros, fijar la jornada y los salarios, etc. El paro volvió a adueñarse del campo, alcanzando el 40% entre el millón de obreros rurales sin tierra. El 8 de junio de 1934 el Tribunal de Garantías Constitucionales anuló la ley que recortaba los privilegios de los terratenientes catalanes. El resultado de este retroceso, sobre todo en el campo, fue la convocatoria en junio de 1934 de la huelga de campesinos convocada por la FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de UGT). Pero fue derrotada, no por falta de voluntad de los huelguistas, sino de los dirigentes de las grandes organizaciones obreras. Hay que recordar que Largo Caballero se opuso a la misma.

En los meses inmediatamente anteriores a la insurrección, prácticamente todos los sectores de la sociedad eran conscientes de que algo se estaba preparando. Formada ya la Alianza Obrera en diversos lugares, los principales órganos de la prensa de las organizaciones de los trabajadores divulgaban a toda página que irían a la toma del poder en caso de que entraran ministros de la CEDA. Había una radicalización cada vez mayor de las masas, por un lado, y por otro de la mayor parte del aparato de Estado agrupado en torno a Gil Robles y su partido. No es de extrañar que el fundador de la Falange escribiera al general Franco: *“... Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la guardia civil holgadamente reprime, sino un golpe de técnica perfecta con arreglo a la escuela de Trotsky y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerle en España)...”*.

Aspectos políticos y militares

En octubre de 1934 la población en Asturias era de 806.378 habitantes concentrados sobre todo en sus dos

que hace el portavoz de la CNT responde que no hay nada que temer, que 24 horas antes de iniciarse el movimiento estarán en Gijón los fusiles pedidos.

Hacia las ocho de la noche, en Sama, están reunidos los jefes de grupo de la zona de Langreo, representando a grupos de 20 localidades.

En Sotrondio, bajo la coordinación de Manuel Rozada, un exsargento de la guardia civil, se concentran desde las 8,30 los representantes de los grupos.

En Mieres, Llana y Guzmán matan el tiempo con una docena de enlaces de la zona del Caudal.

En Oviedo, Bonifacio Martín y Graciano Antuña, junto con Javier Bueno y Ramón González Peña, esperan también con el asesor militar de la futura revolución Martínez Dutor. Por las oficinas van circulando los delegados cenetistas de la alianza y los mensajeros que han de advertir a cada una de las zonas de Asturias.

A las 10 de la noche de ese largo y tenso día 3 de octubre se retiran de Oviedo los enlaces rumbo a los pueblos y ciudades de Asturias. Los jefes de grupo que había recibido la consigna de *“estad alerta”* reciben la contraorden entre las 10,30 y las doce, y se desmovilizan. Mediada la noche el gobernador de la provincia Blanco Santamaría, tras una conversación con el comandante de asalto Carlos Silva y su ayudante, se comunica telefónicamente con el coronel Jiménez de Beraza, director de la fábrica de armas de la vega de Oviedo *“instándole a que ordenara la inmediata inutilización de los 1.000 fusiles que allí había quitándoles el cerrojo”*. Como esa operación no era posible por falta de tiempo, pues los acontecimientos se precipitaban, el gobernador le pidió que por lo menos trasladase el enorme stock de municiones al cuartel Pelayo, donde podían guardarse con mayores garantías. Esta operación se desarrolló entre las tres y las cuatro de la madrugada ya del día 4 octubre. Desde esa hora y hasta la mañana se trasladaron cerca de medio millón de cartuchos en 159 cajas.

Al amanecer del día cuatro, estaba en Asturias el tren en el que viajaba Teodomiro Menéndez, que trae la orden revolucionaria bajo la badana de su sombrero. A las 10,30 éste llega a las oficinas del periódico socialista Avance, donde le esperaban Ramón González Peña, Graciano Antuña, Javier Bueno y Francisco Martínez Dutor. La orden llegada de Madrid contenía una escueta consigna, *“huelga general insurreccional”*, proponía la constitución de los comités revolucionarios e informaba de la clave con que sería confirmada telegráficamente la orden. Avanzada la tarde del día cuatro la radio informa de la constitución de un gobierno Lerroux con tres ministros de la CEDA. Al terminar la jornada los centros obreros se llenan de trabajadores que tienen que ser convencidos por los cuadros dirigentes de que *“las cosas se harán a su tiempo”*. Manuel Grossi, miembro del comité de la alianza en Mieres y vicepresidente del primer Comité Revolucionario provincial, cuenta cómo los trabajadores de esta localidad, sabedores de que era miembro del Comité, se dirigían a él y le preguntaban por lo que pensaba hacer el comité. La confirmación telegráfica se hizo esperar. En los telegramas enviados, figuraban textos

lacónicos: *“mamá está operada”*; *“contamos cosecha de patatas”*; *“precio aceptado”*. Como no había llegado todavía la confirmación, muchos obreros volvieron a sus casas dando por sentado que nada ocurriría ya esa noche pero a las 10,30 llegó la confirmación de Madrid. Graciano Antuña, Bonifacio Martín y González Peña comenzaron a poner en marcha todo el dispositivo.

A las 11,30 de la noche González Peña llegó a Sama para comunicarse personalmente con Belarmino Tomás y dar las órdenes de movilización desde la casa del pueblo de Sama. Se enviaron emisarios a El Entrego, Sotrondio, Laviana, La Felguera... De Sama, Ramón González Peña pasó a Mieres donde comunicó la orden a Antón Llana, hijo del fundador del Sindicato Minero. Desde Mieres la noticia y las instrucciones se fueron extendiendo a los pueblos del contorno. Era ya más de medianoche.

A Gijón el enlace llegó a las 23,45 y los representantes de la CNT reclamaron las armas que aún no les habían entregado.

Así fue llegando la orden a lugares como Noreña, Pola de Siera, Carbayín, Nava, Infesto, Grado...

Los primeros disparos de la revolución sonaron en una localidad estratégica, Posada de Llanera, situada en las proximidades de Oviedo y que unía por carretera esta capital con Gijón y Avilés. En Posada de Llanera también estaba escondido un importante depósito de armas destinado a la CNT de Gijón y otro depósito para los revolucionarios de Avilés. En este primer combate los revolucionarios, al fallarles el factor sorpresa, tuvieron que replegarse a los montes próximos dejándose cerca de 200 fusiles.

5.- La maduración política del levantamiento

A principios del siglo XX el socialismo español se podría decir que no era republicano porque desconfiaba de la burguesía liberal. Argumentaba que para las masas obreras la monarquía o la república burguesa no eran su forma de gobierno. Posteriormente, se abrió la colaboración con los republicanos e incluso, en casos como el País Vasco, con monárquicos. Tras la muerte de Pablo Iglesias se abrió una lucha interna en el poder y, en cierta forma, se llegó incluso a participar en el gobierno de Primo de Rivera. El ala de Julián Besteiro, o la de los socialistas republicanos de Indalecio Prieto, señalaban la incoherencia de participar en una dictadura. Estas alas se enfrentaron en el XII Congreso del Partido Socialista en 1928. Pero hacia 1930 se hacen evidentes los límites de la monarquía española: las tesis de Prieto se imponen en el partido. Al proclamarse el 14 abril de 1931 la República, después de la victoria de republicanos y socialistas en las elecciones municipales, el Partido Socialista y la UGT comienzan a colaborar de forma directa y entusiasta.

Esta colaboración se extenderá durante dos años, en los que el poder político del socialismo y del sindicalismo de la UGT se incrementaron de forma notable pasando, por ejemplo, en el caso de la UGT, de 277.011 afiliados en diciembre de 1930 a 958.451 en diciembre de 1931. Pero el gobierno republicano ni hizo la reforma agraria ni supri-

Partido Comunista de la Unión Soviética, consideró que la Internacional Comunista, incapaz de rectificar ni ante una catástrofe tan grave, estaba condenada a la derrota; afirmaba la necesidad de dejar de considerarse fracción de la III Internacional, pasando a constituir los embriones de nuevos partidos obreros, aun tomando en cuenta que no reunían las fuerzas necesarias para proclamar su ruptura.

La necesidad de una nueva Internacional animaba los pasos que en los meses siguientes la Oposición de Izquierda Internacional dio, sobre la base de la bancarrota del capitalismo y de la tendencia hacia la izquierda que estaban tomando algunos sectores de los partidos socialdemócratas que perdían todos sus puntos de apoyo, para levantar un agrupamiento internacional de fuerzas por una nueva Internacional Obrera.

La Izquierda Comunista de España y las Alianzas Obreras

En el Estado español la Oposición de Izquierda se había formado en 1930. Pronto la irrupción revolucionaria de las masas abriría una nueva etapa política, que evidenciaría el divorcio de las masas obreras y campesinas con un gobierno de coalición republicano-socialista y unas Cortes Constituyentes que negaban la satisfacción de las reivindicaciones más elementales, a la vez que reprimían brutalmente (de abril del 31 a julio del 33, más de 400 trabajadores asesinados, 2000 heridos, miles encarcelados).

La Izquierda Comunista de España, dirigida por un líder reconocido como Andrés Nin, había tomado en cuenta en 1933-34 el movimiento defensivo de la clase, la aspiración a la unidad para parar a la reacción, el fortalecimiento de las organizaciones obreras que indicaba la preparación de grandes enfrentamientos. Propugnaba la política de frente único obrero decidida por la III Internacional en su tercer y cuarto congresos y abandonada luego por Stalin.

Contribuyó así al desarrollo y extensión de las Alianzas Obreras, que respondían al profundo impulso de las masas, que exigían la unidad a las organizaciones. La Alianza Obrera de Cataluña se formó en diciembre de 1933, agrupando a los sindicatos separados de la CNT, la escisión del PCE (Bloque Obrero y Campesino) y sectores próximos a ERC (la Unión Socialista de Cataluña y el movimiento campesino Unión de Rabassaires) que pronto quedaron descolgados. El lector encontrará en estas páginas su manifiesto original y cómo se extendió por diversas zonas.

Fue la Alianza Obrera de Asturias la que realizó la unidad de la UGT, la CNT y el PSOE, con las demás organizaciones. Y fue la que emprendió el camino de la toma del poder por los trabajadores.

No fue éste el caso en otras partes. En Cataluña el propio manifiesto fundacional por un lado pretende responder a la exigencia revolucionaria de los trabajadores, pero por otro se enfrenta a las CNT y a las masas obreras que la siguen: ataca *“la inconsciencia de las masas trabajadoras agrupadas en torno de la FAI y de la CNT”*, frente a las que afirma *“aquí estamos nosotros [...] las organizaciones obreras más responsables de Cataluña”*. Este enfren-

tamiento deliberado con la confederación rojinegra abre la puerta a que en la práctica Alianza Obrera se plantee como alternativa a la CNT, permitiendo que la burguesía juegue con unos contra otros.

El principal dirigente del BOC, Maurín, se jacta de que al formar la Alianza Obrera el movimiento obrero catalán había llevado a la práctica el frente único obrero, que la Internacional Comunista había propugnado durante diez años sin ser capaz de realizarlo. Despreciando los vínculos profundos de las masas trabajadoras con la CNT, prescinde de ésta, confundiendo la unidad de acción de fuerzas minoritarias con el frente único. El mismo Maurín, en ocasión de una huelga, dice que la FAI había *“desaparecido para siempre como dirigente del proletariado de Cataluña”*.

Y así, al llegar las jornadas de octubre la Alianza moviliza a los trabajadores hasta donde puede, pero no pone el centro de su empeño en realizar la unidad obrera para que la insurrección triunfe, apelando a la CNT y a comités elegidos por las asambleas de trabajadores para lograr la unidad. En lugar de eso, a iniciativa del BOC, se centra en presionar al presidente de la Generalidad Companys para que proclame la República Catalana a fin de defender los derechos del pueblo catalán y en particular de los aparceros frente a la reacción de los grandes terratenientes y el centralismo opresor. De este modo, por un camino distinto al de Caballero, la Alianza Obrera de Cataluña subordina el gran movimiento de huelga revolucionaria a los republicanos pequeñoburgueses. Era la orientación de Maurín y el Bloque Obrero y Campesino.

Companys, efectivamente, proclamó la República Catalana, pero fue barrido. Sólo la clase obrera podía tomar efectivamente el poder, y con ello defender no sólo los derechos de los trabajadores sino los derechos de los pueblos.

Tras Octubre, en la cárcel de Madrid, corazón político de la clase obrera, dirigentes de la izquierda socialista como Santiago Carrillo, Amaro del Rosal o Carlos Hernández daban charlas-coloquio. Predominaba el sesgo que uno de los citados llama *“neotrotskista”*. Pero a la vez, contradictoriamente entre esos muros donde hay dirigentes de todas las organizaciones se fragua la nueva alianza con la burguesía, el Frente Popular.

Hay un balance de Octubre, el de la FJS: para resolver el problema de la dirección hay que reforzar a los elementos revolucionarios de las grandes organizaciones, para que lo que piden que la ICE y la IV Internacional se incorporen a las filas socialistas.

Hay otro balance: el de Maurín, que se cifra en reforzar la izquierda *“alternativa”* frente a las grandes organizaciones, lo que significa dejar al grueso de la vanguardia revolucionaria en manos de los aparatos contrarrevolucionarios.

Desoyendo a León Trotsky, alejándose del movimiento por la IV Internacional, Andrés Nin y la Izquierda Comunista eligen el segundo camino.

La incomprensión de la política de Frente Único Obrero y de la construcción del partido revolucionario en relación con la misma llevó a la ICE a volver la espalda a las FJS y constituir el POUM⁷, las milicias del POUM, los sindicatos del POUM frente a los de la CNT y la UGT.

Cuando en julio de 1936 la clase obrera reanude en todo el Estado español el Octubre asturiano, el error de Nin será funesto para la suerte de la revolución obrera.

En la actual crisis aguda del capitalismo, cuyo precedente inmediato son los años 30, el Octubre asturiano, la expropiación de la burguesía es la única salida, por la que

combate la IV Internacional. La construcción del partido y de la Internacional son la clave, y el camino no es el de Maurín y Nin, sino el del Acuerdo Internacional de los Trabajadores: ayudar a los trabajadores a organizarse para la victoria combatiendo por la unidad y la independencia de sus organizaciones.

noviembre cuando se comenzó a extraer armamento con más firmeza y asiduidad (que se hacía por piezas, ocultándolas en los monos de trabajo). Las armas salían diariamente en número de cuatro, cinco, diez... según las facilidades que se encontrasen. El movimiento insurreccional anarcosindicalista de diciembre de 1933 obligó a paralizar la operación de sustracción de las armas, pues había aumentado la vigilancia. Tras un tiempo renació la confianza y se reanudó la sustracción de forma ininterrumpida. Las armas se distribuían por los pueblos de las cuencas mineras donde se ocultaban después de mostrarlas. También se sustraían municiones, aunque las dificultades para hacerse con éstas eran mayores ya que sobre las municiones se ejercía mayor vigilancia (su escasez fue el gran problema logístico de la revolución). El total de armas extraído de la fábrica de armas de la vega de Oviedo fue de unos 1.000 fusiles y nueve ametralladoras pesadas.

El Turquesa

En el castillo gaditano de San Sebastián estaba almacenado un cargamento de material bélico por orden del gobernador civil de la provincia, en el año 1932. Un grupo de revolucionarios portugueses trataba de comprar esas armas al consorcio de industrias militares con el objeto de derrocar la dictadura de Oliveira Salazar, pero después de dos intentos la operación fracasó. Indalecio Prieto interviene en aquella época a través del industrial vizcaíno Horacio Echevarrieta, que era amigo suyo, y negocia la venta de aquellas armas a la Generalidad catalana, pero ésta no dispone del dinero necesario y se frustra la venta. A principios de 1934 Prieto ofrece a las ejecutivas del Partido Socialista y la UGT el embarque y se hace cargo de la maniobra para ponerlo en manos de los obreros socialistas. El Comité Revolucionario socialista (comité de enlace del Partido Socialista, la UGT y las Juventudes Socialistas) que preside Largo Caballero baraja varias posibilidades para realizar el desembarco de las armas. Después de desechar las opciones andaluza y bilbaína, Prieto, presionado por las Juventudes Socialistas, se hace cargo de la operación en solitario, apoyado por los cuadros del Sindicato Minero Asturiano, que disponen de organización, fondos y hombres y, por tanto, se decide por Asturias. Así el “*Turquesa*” embarca 18.000 kilos de fusiles, ametralladoras y municiones. El gobierno creía que ese cargamento iba destinado a Abisinia (Etiopía) pero el “*Turquesa*” siguió Atlántico arriba hasta que dobló hacia el Cantábrico. El desembarco estaba previsto en la playa de Aguilar pero por un despiste el barco se situó frente a la ría de Pravia. Cuando todos esperaban el barco, incluido Indalecio Prieto, un emisario avisó del error. Deshicieron el dispositivo y se desplazaron al lugar donde se encontraban las lanchas transbordadoras con los bultos recogidos del “*Turquesa*”. Avisada la Guardia Civil del movimiento anormal de automóviles y camiones, lograron impedir el éxito de la misión parcialmente ya que sólo tres lanchas pudieron descargar algún material... El asunto fue noticia, como es lógico. Y el aparato de Estado y la burguesía se preguntaban quién podía estar detrás de seme-

jante operación. Así, el 14 septiembre, la prensa derechista madrileña difundía el rumor de que Trotsky había supervisado la operación del “*Turquesa*” y el 25 la policía tenía que declarar que “*según nuestras investigaciones Trotsky no se encuentra en Asturias*”.

El material bélico extraído de la fábrica de armas de Oviedo, el del “*Turquesa*”, el robado en las minas y el particular se componía de 1.600 a 1.700 fusiles, 4.000 escopetas y pistolas, casi todas de propiedad particular, nueve ametralladoras y dos fusiles ametralladores, y cerca de 158.000 cartuchos. Durante la insurrección se asaltaron y ocuparon la fábrica de armas de la vega de Oviedo, la de cañones de Trubia, y la de explosivos de la Manjoya, pero no se consiguió tomar la de municiones próxima a Lugones, lo cual lastró el proceso militar-revolucionario.

4.- Cómo llegó la orden de la insurrección y cómo se extendió por Asturias.

Amaro del Rosal explica cómo se confirma el día 3 de octubre la noticia de que la CEDA había entrado en el gobierno de la siguiente forma: “*A eso de las 11 de la noche llegaron a Carranza los periodistas José María de Aguirre y Carlos Baraibar. Traían la noticia confidencial, pero de toda certeza, de que el nuevo gobierno estaba ya formado, con la participación de la CEDA [...] Escuchada la información se produjo un gran silencio [...] Alguien rompió el silencio diciendo que tenía que lanzarse la orden de huelga y comienzo del movimiento. Siguió el silencio. Caballero dijo: 'hasta que no lo vea en la Gaceta no lo creo...'. En ese momento unos militares que llegan de Cuatro Vientos confirman la declaración del Estado de Guerra y la formación del nuevo Gobierno con la CEDA; las medidas que, con toda urgencia, se están tomando en el Ministerio de la Guerra no ofrecen la menor duda. [...] En aquel momento se acuerda lanzar las consignas para la declaración de la huelga general y del movimiento [...] Las órdenes fueron cursadas*”.

Salieron de Madrid varios enlaces para transmitir la decisión de las ejecutivas, entre ellos Teodomiro Menéndez (diputado socialista por Asturias) con rumbo a Oviedo, haciendo el viaje en tren. En Asturias reina la agitación desde el amanecer del día 3. En las cuencas mineras, *El Socialista* corre de mano en mano: “*atención a la crisis, vigilad el día de hoy, camaradas*”. Manuel Grossi describe la situación en Mieres: “*miles de trabajadores acudían a los centros obreros, la atmósfera estaba tensa, llena de humo y electricidad. Se hablaba casi a gritos. La CEDA era la preocupación de todos*”.

La situación es similar en todos los centros industriales de Asturias y en las cuencas mineras, en Avilés, en Gijón, en Oviedo, en Trubia, etc.

Avelino González Entrialgo, cenetista de la alianza, se entrevistó en Gijón con Rafael, de la UGT local, intercambiaron opiniones y convinieron en la celebración de una reunión de delegados de UGT y CNT en Gijón al día siguiente “*porque se ve venir*”. A las siete de la tarde José María Martínez, de la CNT, se entrevista con Graciano Antuña, de la FSA y del sindicato minero de UGT en Oviedo. Éste, ante las reiteradas peticiones de armamento

la CNT por donde la clase obrera asturiana llega a conocer la Alianza Obrera de Cataluña, sus objetivos y su funcionamiento”.

b) La otra cuestión o factor que contribuyó a la formación de la Alianza Obrera en Asturias es la posición que respecto a la misma toman los dirigentes del anarcosindicalismo asturiano y que llevará a la regional de Asturias, León y Palencia de la confederación, a manifestarse a favor de la Alianza Obrera con UGT contra la posición del pleno nacional de la CNT. Además, exceptuando la localidad de la Felguera en Langreo, la influencia de la FAI era menor que en otros lugares del Estado. Por otro lado, ya en 1919, tras la experiencia de la huelga general revolucionaria de 1917, Eleuterio Quintanilla y José María Martínez, miembros de la regional asturiana, expusieron su criterio a favor de un pacto con UGT.

El sábado 31 de marzo de 1934, a las siete y media de la tarde, en la trastienda del bar Casa Manfredo, en Gijón, se celebró la reunión definitiva, firmándose dos copias del pacto por parte de: Bonifacio Martín por la UGT, Graciano Antuña por la Federación Socialista Asturiana y Horacio Argüelles, José María Martínez y Avelino González Entrialgo por la CNT estampándose siete sellos, el del centro de sociedades obreras Federación Local de Oviedo; el de la Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia de la A.I.T.; y el de la Federación Asturiana del Partido Socialista Obrero Español-comité provincial. Al día siguiente, el diario socialista Avance da la noticia de la firma del pacto en primera plana con el título *“La unión proletaria. Una alianza entre las fuerzas sindicales de la UGT y CNT y la Federación Socialista Asturiana”*.

El 7 de abril, a las siete de la tarde, reunido el comité aliancista, se da lectura a dos cartas, una de la Izquierda Comunista fechada en Gijón el día dos y firmada por Loredó Aparicio, Emilio García, Ignacio Iglesias y A. Solares en la que piden el ingreso en la alianza; la otra fechada en Mieres el día cuatro y firmada por el Comité del BOC (Escobar y Mauricio Magdalena) que faculta a Manuel Grossi para iniciar las gestiones de ingreso en la alianza. El 29 de abril el comité aliancista confirma la incorporación de la Izquierda Comunista y del BOC.

El Partido Comunista, por su parte, no sólo no entró en la Alianza Obrera sino que la calificaba como *“una alianza antiobrero contra la revolución, es una alianza contrarrevolucionaria. Es la santa alianza de los agentes de los explotadores contra el frente único, con vistas a retener a las masas en su lucha antifascista y revolucionaria; es la santa alianza contra el comunismo, contra los soviets”*. Hasta el 12 de septiembre de 1934 el Comité Central del Partido Comunista de España no solicitó su ingreso en la Alianza Obrera. En Asturias esta solicitud no se produjo hasta el 27 de septiembre, quedando el comité aliancista en tratar su solicitud el 2 octubre. El 4 octubre, cuando ya la CEDA había entrado a formar parte del gobierno con tres carteras ministeriales, miembros del PCE que pasaban a informarse a última hora de la tarde de su solicitud de entrada en la Alianza Obrera tuvieron conocimiento de la

inminencia de la insurrección (que se iniciaría esa misma noche) y de su aceptación en la Alianza, que a su vez les hacía la propuesta de forma precipitada de que enviaran dos delegados para participar en el comité revolucionario.

2.- Formación de las milicias en Asturias

La verdadera base del movimiento armado fueron las juventudes, tanto las comunistas como las socialistas, y a ellas correspondió la vanguardia de los acontecimientos. Concretamente, las Juventudes Socialistas tenían en torno a 2.200 militantes y las Juventudes Comunistas 1.400.

Díaz Nosty en La Comuna Asturiana. La revolución de octubre de 1934, señala que el papel de la juventud es tan decisivo que resulta difícil concebir la *“comuna asturiana”* sin ella. Los jóvenes socialistas tuvieron un gran protagonismo en la agitación que presidió a la revolución. Sus desfiles puño en alto luciendo camisetas rojas y cantando la Internacional no eran del gusto del gobernador, que llegó a prohibir el uso de las camisetas y a suspender muchos actos. A lo largo del verano del 34 desarrollaron una campaña antifascista con la que pretendían llevar su discurso a los pueblos más importantes de Asturias, haciendo alguna incursión en Santander y en Palencia. Excursiones de montaña, meriendas, fiestas en las aldeas y campeonatos se utilizaban como tapaderas para recibir adiestramiento militar y organizar desfiles. Así, el 29 julio o el 14 agosto la policía detuvo a varios grupos de jóvenes socialistas por dirigirse a una merienda organizada por las mismas o por llevar simplemente camisetas rojas. En un documento de la Comisión Ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas enviado a las delegaciones provinciales con fecha 6 junio 1934 se insistía en la creación de las milicias: *“... Ante la constante y progresiva amenaza de la reacción, en especial el doble enemigo católico y fascista de las huestes de la CEDA... Nuestra única salvación son las milicias. Organizados lo somos todo: desorganizados nada... hay que crear inmediatamente las milicias.”*

El grueso de las tropas obreras que constituyeron el ejército rojo, numéricamente es difícil de evaluar, probablemente no superaron los 15.000 combatientes en ningún momento y en todos los frentes debido sobre todo a la falta de armamento y municiones, por lo que numerosos voluntarios tuvieron que ser rechazados al no poder tomar parte en los combates.

3.- Sobre el armamento

La fábrica de armas de la vega de Oviedo fue una de las principales fuentes de aprovisionamiento de armamento para la revolución de octubre. Además de los fusiles y mosquetones máuser y las ametralladoras que se fabricaban, había también en uno de los talleres un depósito de material de guerra importado de África a raíz del desastre de 1921. Como el armamento no era nuevo, y por ello no estaba muy controlado, a partir de la salida de los socialistas del gobierno en septiembre de 1933 se estudió por parte de los comités de la fábrica el apoderarse de ese material bélico, siendo a partir de las elecciones de

La Alianza Obrera y la lucha por el Frente Único

Por Josep A. Pozo

Presentación

El 4 de octubre de 1934, casi un año después de la victoria electoral de los partidos de centro y derecha –noviembre de 1933– tenía lugar en diversas ciudades españolas un movimiento revolucionario cuyo desencadenamiento tuvo su origen en la entrada en el gobierno Lerroux de ministros de la CEDA¹, el partido que representaba a ojos de la clase obrera la reacción y el peligro de involución. Tras las experiencias de Alemania y Austria, el hecho representaba todo un acontecimiento: por primera vez en Europa la clase obrera de un país se lanzaba a la ofensiva para evitar el acceso al poder de quienes consideraba como su enemigo mortal. La *Alianza Obrera*, pacto de acción revolucionaria que unía a las fuerzas obreras, convocó una huelga general de protesta en toda España y este movimiento, que tuvo particular incidencia en Cataluña y en Asturias, supuso un punto de inflexión importante en el desarrollo del régimen surgido el 14 de abril de 1931, así como en los debates que tuvieron lugar en el seno del movimiento obrero. Especialmente en Asturias, único lugar donde la *Alianza Obrera* había conseguido agrupar en su seno a todas las organizaciones obreras sin excepción, la huelga general adquirió pronto un carácter insurreccional y durante quince días la cuenca minera fue controlada por comités de Alianza Obrera, coordinados en un Comité Revolucionario, y por milicias que organizaron los mineros asturianos. Sin embargo, aislados del resto de España como consecuencia del fracaso del movimiento en sitios como Madrid, Andalucía, etc., debido a la desorganización y a la falta de voluntad política para hacerlo triunfar de los que en teoría eran sus impulsores –el PSOE–, los obreros asturianos ofrecieron una fuerte resistencia hasta que, finalmente, fueron derrotados después de durísimos combates. La *“Comuna”* asturiana sería brutalmente reprimida por destacamentos del ejército de Marruecos al mando de los generales Yagüe y López de Ochoa –que desempeñarían un importante papel entre los militares que dos años después protagonizarían el golpe de estado de julio de 1936– provocando cuatro mil muertos y una cruel represión. En Cataluña, donde la insurrección tuvo un desarrollo diferente, en parte por la inhibición de la CNT que aquí no se sumó al movimiento, y en parte por la responsabilidad de la ERC que desistió en la práctica

de organizar el movimiento, acabó con todo el Gobierno de la Generalitat detenido y procesado, la autonomía suspendida, y centenares de militantes detenidos.

En el 70 aniversario² de este acontecimiento vale la pena extraer las lecciones más importantes de lo que representó –y representa– octubre de 1934 para el movimiento obrero. A modo de introducción y de forma resumida podríamos señalar algunas de ellas.

En primer lugar, conviene señalar la aparente contradicción que supuso que la derrota del octubre asturiano truncara la dinámica de Frente Único (la unión de partidos y organizaciones obreras, en oposición a los partidos burgueses, para la conquista del poder) que había prendido en algunas organizaciones –y que quedó simbolizada en la Alianza Obrera y en la consigna *“Uníos, hermanos proletarios”* (UHP)– y abriera la vía del pacto de Frente Popular, es decir, de la dinámica contraria. Si durante los meses anteriores la clase obrera había manifestado su aspiración a la unidad, y se había expresado igualmente con muchísima fuerza la tendencia clasista hacia la unión de las fuerzas obreras y la presión para la ruptura del pacto entre socialistas y republicanos, a partir de octubre del 34, la propia derrota y sus consecuencias serán el eje sobre el que se construirá la política frentepopulista: la lucha por la amnistía, por la liberación de los presos, etc., será utilizada para recomponer de nuevo la política de alianzas con la burguesía *“liberal”*, con los republicanos de Azaña y Martínez Barrio.

En segundo lugar, la insurrección de octubre marcó los límites de la corriente *“largocaballerista”*, con su revolucionarismo vacío de contenido enfrentado a las tareas concretas de una insurrección con la que habían amenazado tanto tiempo y que fueron incapaces de organizar cuando llegó el momento, allá donde tenían influencia y responsabilidades. Supuso un golpe para la izquierda socialista, de la misma manera que su radicalismo verbal había servido para estimular la movilización de masas y abrir un horizonte de esperanza en ellas. El fracaso de esta corriente y su incapacidad para *“regenerar”* el PSOE y romper definitivamente con el reformismo que le era propio, se tradujo en el interior del partido en el triunfo de las tesis de Prieto –partidario de la colaboración con los republicanos– y en el paso al estalinismo de las Juventudes Socialistas, la organización que con sus cerca de 40.000 militantes se había erigido en la punta de lanza del largocaballerismo.

1.- La CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) se había fundado en Madrid en marzo de 1933 y agrupaba a núcleos derechistas de diferentes partes de España, el más importante de entre ellos, la Acción Popular. Poco después de las elecciones de noviembre de 1933, el dirigente de este partido y candidato a dictador de un futuro Estado nacional corporativo, Gil Robles, proponía a los radicales el siguiente programa como condición para apoyarlos: amnistía para los militares sublevados en 1932; revisión de las leyes promulgadas por la República en materia religiosa; paralización de la reforma agraria y suspensión de la aplicación de las leyes sociales que afectaban a los campesinos.

2.- Este documento se publicó por primera vez en 2004 en el nº 14 de Combate Socialista.

Y en tercer lugar, el que de la epopeya asturiana saliera reforzado el partido que más había combatido las Alianzas Obreras –el PCE–, que sólo se integró en ellas la víspera de la insurrección, coincidiendo con el giro de la Komintern³ hacia la política de frentes populares y el abandono de la política del “*socialfascismo*”, y después de haberlas combatido encarnizadamente dedicándolas los peores epítetos. Giro que entre otras cosas sirvió para desviar o bloquear una posible evolución de la izquierda socialista hacia posiciones que el propio Luis Araquistain, en marzo de 1934 y refiriéndose a las que mantenía en aquellos momentos Largo Caballero, definió como una actitud de “*Cuarta Internacional*”, de “*superación del socialismo histórico*”, es decir, del socialismo reformista que encarnaban los partidos agrupados en la Segunda Internacional⁴.

Las notas que siguen no tienen otro objetivo que analizar estas cuestiones.

1931-1934: de la ilusión por las reformas a la insurrección de octubre

La frustración socialista tras el primer bienio republicano

La derrota electoral del PSOE en noviembre de 1933 tuvo un tremendo impacto en las filas socialistas, fruto de algunas circunstancias que concurrieron en aquellos momentos y que iban más allá del resultado electoral. En medio de una abstención obrera importante –muchos obreros anarquistas se abstuvieron reprochando a los socialistas su participación en gobiernos represivos– y de numerosas denuncias de fraude, corrupción y violencia ejercidas por caciques y propietarios que se movilizaron utilizando todos los medios a su alcance, las derechas obtuvieron una victoria mínima en votos que les permitió hacerse con el gobierno. El sistema electoral español, que primaba las coaliciones, posibilitaba que un partido como el PSOE, que había obtenido el 19,2% de los votos –un millón y medio de votos– tuviera una representación en las Cortes de 59 diputados, mientras que el Partido Radical con un 15,5% obtenía 102 diputados⁵. Un elemento que no hizo sino añadir más frustración en las filas socialistas a la provocada por la victoria de los que eran considerados como enemigos de la República.

Pero no sólo era decepción por los resultados electorales. Entre la militancia socialista se extendió un sentimien-

to generalizado que tenía su origen, por un lado, en la creencia de que los republicanos –sus socios de gobierno durante el primer bienio⁶– habían traicionado la República al impedir a los socialistas ir más lejos y haberse constituido como una pesada carga para ellos; y por otro, en la sensación de haber sido excesivamente benévolo con los privilegiados que alentaban la reacción; de haber sido leales con quién previsiblemente no lo iba a ser a continuación, y que ellos, que habían sido respetuosos con la legalidad republicana, “*canalizando*” las reivindicaciones obreras sin superar este marco y enfrentándose a menudo con sus propias bases, tenían el convencimiento de que las derechas no iban actuar con la misma lealtad institucional. Más aún, que intentarían desmontar las pocas reformas acometidas durante el primer bienio y que, cuando les fuera posible, intentarían acabar también con la legalidad republicana. Este presentimiento se vería rápidamente confirmado en los meses siguientes. En efecto, la acción del gobierno derechista que surgió de la nueva mayoría parlamentaria se dirigió inmediatamente contra las leyes sociales de la República. Lerroux primero y después Samper, se entregaron a la tarea de destruir o dejar en papel mojado la obra reformista que había intentado poner en marcha el gobierno anterior a instancias sobre todo de los socialistas. Por ejemplo, se restauró parcialmente el pago de salarios al clero, se frenó la reforma agraria (que por otro lado tampoco se había destacado por su profundidad ni por su celeridad) y se devolvió a los grandes de España las tierras expropiadas; se derogó la Ley de Términos Municipales que suponía un obstáculo al poder de los terratenientes y que había sido ampliamente boicoteada por ellos, se desalojó a miles de yunteros de Extremadura de las tierras que habían ocupado, y asimismo se amnistió a los hombres de la Dictadura y del pronunciamiento del 10 de agosto de 1932 –la Sanjurjada– y se declaró inconstitucional la “*Llei de Contractes de Conreu*” (Ley de Contratos de Cultivo) que había aprobado el Parlamento catalán. Para llevar a cabo esta obra se utilizó a fondo todos los mecanismos policiales y judiciales. La acción “*preventiva*” de la Guardia Civil tiñó de sangre numerosos pueblos de Andalucía y Extremadura, mientras que los terratenientes se confabularon para dar trabajo sólo a los obreros que estaban afiliados a los sindicatos católicos, y los salarios bajaron sensiblemente. La situación era tal que, casi tres años después de la proclamación de la República, *El Socialista* llegó a comentar que “*nunca, ni en los tiempos de la monarquía, se han sentido los campesinos más profundamente esclavos y miserables que ahora*”.

3.- La Internacional Comunista - NDLR.

4.- Francisco Largo Caballero, Discursos a los trabajadores, pág. 23. En 1934 la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista decidió editar los discursos pronunciados por Largo Caballero desde el verano de 1933 hasta principios de 1934. Luis Araquistain, uno de los principales colaboradores y consejeros de Largo Caballero, director de la revista mensual Leviatán, órgano doctrinal de la izquierda socialista (entre mayo de 1934 y julio de 1936) se encargó de prologarlo.

5.- José Ramón Montero: “Las derechas en el sistema de partidos del segundo bienio”, en La II República española / Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936, pág. 6.

6.- Los socialistas participaron en el primer gobierno de la República con tres ministros: Prieto, De los Ríos y Largo Caballero. Y ello, a pesar de que de los 250 diputados que obtuvo la coalición republicano-socialista que lo sostenía en las elecciones de junio de 1931, 120 correspondían a los socialistas y 80 a las diferentes organizaciones republicanas agrupadas bajo las figuras de Azaña, Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz. Los 50 restantes se repartían entre los 30 de ERC, y 20 de los republicanos federales gallegos. Para no asustar a la burguesía, en el gobierno se dio entrada a republicanos de derechas como Alcalá-Zamora -que ocupó la presidencia de la República- y Miguel Maura, nombrado ministro de la Gobernación.

Para comprender la Alianza Obrera y el movimiento de Octubre

Por Miguel Ángel Serrano



Manuel Grossi (a caballo) dirige una columna del POUM en el frente de Aragón

1.- Sobre el pacto de Alianza Obrera en Asturias

Al referirse al pacto de la Alianza Obrera en Asturias hay que tener en cuenta dos cuestiones fundamentales:

a) La formación en Cataluña, impulsada por el Bloque Obrero y Campesino (escisión del PCE) a lo largo de 1933, de un organismo unitario condenado aparentemente a ser un instrumento de enlace de grupos minoritarios de la izquierda comunista y el sindicalismo libertario escindido de la CNT (“*el treintismo*”) con el anexo de débiles núcleos independientes y socialistas, la Unión Socialista de Cataluña. Cobró primero la forma de un frente obrero contra el paro en Barcelona para ir deslizándose luego hacia un proyecto de alianza antifascista. Esta primera experiencia de Alianza Obrera estuvo aislada y con pocas perspectivas de crecimiento a escala estatal por la ausencia de la CNT y la UGT. Pero meses más tarde, tras el

triunfo en las elecciones legislativas celebradas en noviembre de 1933, nuevos grupos se acercaron a la mesa aliancista, dándose a conocer el 22 diciembre 1933 el más importante documento de la alianza, que iba firmado por UGT (Vila Cuenca), por los sindicatos de oposición “*treintistas*” (Ángel Pestaña), por la Unión de Rabassaires (J. Calvet), por el PSOE (Vidiella) por la Izquierda Comunista (Andrés Nin) y por el BOC (Joaquín Maurín). El Partido Comunista se enfrentó hasta bien avanzado el verano de 1934 a la propuesta de alianzas obreras. Así, el uno de agosto de 1934 contestaba a las críticas que le hacía Largo Caballero por su oposición a las alianzas afirmando que “*las alianzas obreras son órganos fantasma creados a espaldas de las masas entre los cuatro muros de una Secretaría y con el fin de impedir el verdadero frente único*”. Según Georges Garnier, en el prólogo que escribe para el libro de Manuel Grossi sobre la insurrección en Asturias “*Es por el canal del BOC, de la Izquierda Comunista y de los sindicatos de oposición de*

para que con el nuevo comité resuelvan el conflicto.

Los compañeros encausados nos informan con detalle de las causas que les han llevado a abandonar sus puestos. Tras larga discusión, consigo que prevalezca mi punto de vista, pasando los compañeros en cuestión a ocupar su antiguo puesto en el Comité. Éste, compuesto por los antiguos y los nuevos miembros, redacta un manifiesto explicando a los trabajadores el acuerdo.

En la siguiente reunión del comité reorganizado, los representantes del Partido Comunista oficial se atreven a afirmar que el único responsable de la desbandada que se ha producido en Asturias con la marcha del Comité Regional es Manuel Grossi. Y exigen para mí la misma culpabilidad que puedan ellos tener por su actitud. Propongo que se celebre una asamblea en la plazuela del Ayuntamiento, con el fin de comunicar a los trabajadores todo lo sucedido con la mayor imparcialidad. Yo mismo me ofrezco a hacer el informe porque he sido yo el que he hecho otros informes públicamente y porque pudiendo darse ya por fracasada la insurrección y no siendo los demás compañeros del Comité conocidos por el enemigo como directivos de la misma, me parece inútil que se den a conocer y se expongan. La mayoría de los trabajadores estaban identificados con Manuel Grossi-Mier.

A las tres de la tarde se presentan en el Ayuntamiento dos compañeros del Partido Comunista oficial para comunicarme que me traslade al Comité de Guerra para cambiar impresiones. Me apresuro a ir y me comunican que quedo detenido. La noticia se extiende rápidamente y provoca conmoción. Exijo que se me permita trasladarme al Ayuntamiento, lo que no se atreven a negarme. De nuevo ante el Comité Revolucionario, les comunico lo que sucede. No estaban al corriente, ni se les había consultado. Deciden hacer comparecer al Comité de Guerra. Éste da como razones para detenerme que di orden a los revolucionarios de Oviedo de iniciar la retirada hacia la cuenca minera, contra la opinión del Comité de la capital.

Les contesto, y añado: *“No me extraña la maniobra del Comité de Guerra, si se tiene en cuenta que seis de los siete compañeros que lo componen pertenecen al Partido Comunista oficial y de éstos cuatro son de los huidos la noche anterior y repuestos en el Comité de Guerra propuesta mía. Debo decir que en estos momentos he encontrado el consejo y el aliento de nuestro gran compañero Marcelino Magdalena y de los compañeros socialistas, que me aconsejan que no haga el menor caso de esta labor partidista. Entre dichos compañeros se encuentran militantes que han encaecido en las organizaciones obreras al servicio de la causa de nuestra clase. Incluso los elementos republicanos vienen a mí aconsejándome serenidad frente a las maniobras. Huelga decir que por mi parte acojo como es debido esos cordiales consejos, dispuesto a seguir trabajando hasta el último momento en favor de la emancipación proletaria.*

No quiero terminar este capítulo sin señalar que los mismos compañeros que formularon esa acusación contra mí, en el momento de responder ante la justicia burguesa declaraban que cuanto hicieron durante el movimiento revolucionario fue por orden mía y que si en algún momento empuñaron las armas fue porque yo les obligué a ellos. Cada cual responde de sus actos ante la clase trabajadora. Yo respondo de los míos y me someto al juicio de todos mis compañe-

ros. Añadiré que obran en mi poder cartas de muchos de los militantes del Partido Comunista oficial felicitándome por mi comportamiento durante el movimiento revolucionario y luego en presencia de las autoridades.

El 17 de octubre, el compañero Belarmino Tomás, socialista, rodeado por otros compañeros del Comité Revolucionario, se dirige a los combatientes de la revolución desde el balcón del ayuntamiento de Sama de Langreo:

“Comaradas, soldados rojos: aquí ante vosotros, sin ningún temor, seguros de que hemos sabido cumplir el mandato que nos habéis confiado, venimos a daros cuenta de la triste situación en que ha caído nuestro glorioso movimiento insurreccional... Tened en cuenta, queridos camaradas que nuestra situación no es otra que la de un ejército vencido. Vencido momentáneamente.

Todos absolutamente todos hemos sabido responder como corresponde a trabajadores revolucionarios. Socialistas, comunistas, anarquistas y obreros sin partido, empuñamos las armas para luchar contra el capitalismo el 5 octubre, fecha memorable para el proletariado de Asturias... No somos culpables del fracaso de la insurrección puesto que en esta región hemos sabido interpretar el sentir de la clase trabajadora, que ha sabido demostrar su voluntad con hechos concretos. No sabemos quién o quiénes han sido los culpables del fracaso de nuestro movimiento. El tiempo permitirá que todo esto se ponga en claro. El tiempo permitirá que todo esto se ponga en claro...

Sólo nuestra región resiste y lucha contra el gobierno de la burguesía. El resto de la península no da señales de vida, en lo que a la insurrección se refiere, si bien en algunas provincias ha sido declarada la huelga general pero sin pasar a más. La lucha no se ha planteado como las necesidades exigían... Tenemos fusiles, ametralladoras y cañones pero nos falta lo esencial, que son las municiones... Si reflexionamos sin apasionamiento veremos que sólo se nos ofrece un camino: organizar la paz...

Compañeros: si creéis que somos unos traidores, como algunos manifiestan, pegadnos un tiro o haced con nosotros lo que mejor os parezca. Pero no continuéis vertiendo sangre cuando ya todas las posibilidades de éxito están perdidas. No nos negamos a luchar y seguiríamos con las armas en la mano hasta derramar nuestra última gota de sangre siempre que nuestro sacrificio se viera compensado con el triunfo de nuestra insurrección en Asturias y en el resto de la península...

La lucha entre el capital y el trabajo no ha terminado ni podrá terminar en tanto que los obreros y campesinos no sean dueños absolutos del poder. El hecho de organizar la paz con nuestros enemigos no quiere decir que reneguemos de la lucha de clases. No, lo que hoy hacemos es simplemente un alto en el camino... Ya sabe cada cual lo que tiene que hacer. Se nos ha derrotado a nosotros pero nuestros ideales no se les podrá derrotar jamás. Nada más os decimos, compañeros, sobre este particular, siendo nuestra última palabra un viva a los valientes trabajadores de Asturias y a la revolución social.”

En realidad, la experiencia de los dos primeros años de gobierno republicano-socialista no había dejado un buen sabor de boca en estos últimos. En su etapa como ministro de Trabajo, desarrollada entre el 15 de abril de 1931 y el 13 de septiembre de 1933, Largo Caballero pudo observar de cerca las numerosas trabas que el aparato de Estado y las clases dominantes ponían a la obra reformista a pesar de su alcance limitado. Y ello, a pesar también de que en numerosas ocasiones mientras desempeñó el cargo, no se cansó de repetir que su obra no era socialista. En su toma de posesión en la sede del Ministerio de Trabajo había declarado *“Vengo enviado por la soberanía nacional [...] espero que todos ustedes trabajen con lealtad”*⁷. No fueron, sin embargo, los funcionarios que escuchaban estas palabras los que se opusieron a las medidas reformistas que intentaría poner en marcha. La oposición estuvo en la vieja oligarquía que consumía al país, en la casta de propietarios agrícolas reacios a aceptar cambios que pusieran en peligro su situación de privilegio o el orden social establecido, en la actitud de varios gobernadores civiles que sabotearon la aplicación de los distintos decretos que su ministerio elaboró, dando órdenes que contrariaban su espíritu y provocaban el descontento de todos, y en definitiva, en las estructuras del Estado, que en poco o nada se modificaron tras el advenimiento del régimen surgido el 14 de abril.

Largo Caballero fue uno de los dirigentes socialistas que quedó profundamente decepcionado de la experiencia vivida. Él, que había asociado durante años su práctica militante a la colaboración de clases –llegando incluso a colaborar directamente con la Dictadura de Primo de Rivera–, y al gradualismo reformista típico de los partidos socialistas de la época adheridos a la II Internacional, de repente comprobó la ineffectividad de esta estrategia. Su decepción era inversamente proporcional al comprobar que ni tan siquiera un modesto programa de reformas había podido ser completado, después de ser ampliamente boicoteado, sin que su posición como miembro del gobierno hubiera servido de mucho. En efecto, desde la perspectiva de sus posiciones políticas y ateniéndose a los pactos que les unían con los republicanos, sus esfuerzos se habían centrado desde el principio de su actuación ministerial en el impulso de un marco general de relaciones laborales, que por primera vez incluía a los trabajadores del campo, con la promulgación de una serie de decretos que luego se convertirían en Leyes de la República, y en el impulso del asociacionismo obrero como fórmula de

defensa y participación de los trabajadores en la producción⁸. Nada especialmente revolucionario. Sin embargo, muchas de estas disposiciones encontraron una dura resistencia, particularmente las que tenían incidencia en el campo. Organizados en la Agrupación de Propietarios de Fincas Rústicas y en la Confederación Española Patronal Agraria, con el soporte de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas (ANCP), y arropados políticamente por los agrarios y los radicales, los terratenientes convirtieron todas y cada una de las medidas del gobierno republicano-socialista en una violenta campaña de desobediencia civil que encontró un eco extraordinario entre todos los sectores reaccionarios del país. Por el sur, muchos propietarios se negaron a sembrar las cosechas. En Jaén, la Sociedad de Labradores –que agrupaba a los terratenientes– pidió a sus adheridos que combatieran los decretos que favorecían a los jornaleros, dejando de cultivar las tierras. En muchos casos, la connivencia entre los caciques locales y los poderes del Estado era tal que provocaron movilizaciones exigiendo un cambio real. Por ejemplo, en Badajoz, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra adherida a la UGT convocó una huelga general en diciembre de 1931 para exigir el traslado del coronel de la guardia civil y del gobernador civil, claramente significados con la causa de los caciques de la provincia⁹.

Por el contrario, mientras la oposición se organizaba para combatir las medidas y evitar su aplicación, el Gobierno –el PSOE y la UGT– se mostraba incapaz de hacerlas cumplir. Más aún, durante el primer bienio republicano, en muchas ocasiones fueron los dirigentes socialistas y de la UGT quienes impusieron moderación a sus bases para no responder a las provocaciones y para, según ellos, no poner en peligro la República. El resultado de esta política provocó una profunda desilusión en aquellas, pues muchos trabajadores no podían entender que se dedicaran más esfuerzos y energías en combatir los *“extremismos”* –la impaciencia y la desesperación que impulsó algunas movilizaciones de jornaleros– que en hacer cumplir las disposiciones del Gobierno que beneficiaban a los menos favorecidos.

Largo Caballero tuvo ocasión de comprobar cómo el hecho de ser ministro de Trabajo no era por sí mismo una garantía de que los problemas de los trabajadores pudieran ser resueltos a golpe de decretos. En realidad, la decepción socialista por los resultados obtenidos después de dos años en el Gobierno, remitían a una cuestión que afectaba directamente a la consideración que hasta ese momento

7.- El Socialista (16-IV-1931).

8.- El 22 de abril de 1931 apareció el primer decreto en la Gaceta que declaraba oficial la Fiesta del Trabajo del 1 de mayo. A continuación aparecieron los decretos sobre términos municipales -que prohibía la utilización de mano de obra exterior a un municipio mientras hubiera trabajadores locales en paro- y accidentes de trabajo en la agricultura, los de arrendamientos colectivos por parte de asociaciones de obreros del campo, el del seguro obligatorio de maternidad y las Bases para la Ley de Accidentes del Trabajo en la Agricultura; en julio este mismo año también se establece por decreto la jornada máxima de ocho horas, y a continuación el decreto sobre régimen de cooperativas; en noviembre se publicaron la Ley de Jurados Mixtos, la del Contrato de Trabajo, la de Colocación Obrera y la Ley de Intervención Obrera en la gestión de la Industria. Ésta última fue presentada por Largo Caballero en las Cortes pero no llegó a ser discutida.

9.- La huelga transcurrió con normalidad, menos en Castilblanco. Los hechos son conocidos. En este pequeño pueblo situado en una de las zonas más deprimidas, sus habitantes vivían en la más absoluta miseria y las tierras estaban en manos del terrateniente, quien contaba con la aquiescencia del alcalde. Todos los jornaleros estaban afiliados a la FNTT y siguiendo la convocatoria de huelga, el 30 de diciembre realizaron una manifestación pacífica. Temeroso de que la demostración de fuerza de los obreros fuera a más, el alcalde mandó a la guardia civil a que disolviera la concentración. Un guardia disparó resultando muerto un jornalero y heridos otros dos. Los manifestantes se lanzaron con piedras y cuchillos y mataron a los cuatro guardias civiles.

había fundamentado la estrategia del partido y era comúnmente aceptada por todas las corrientes, a saber: que era posible abrir una vía de reformas que hiciera avanzar social y económicamente al país, sin necesidad de realizar ninguna revolución. La experiencia vivida puso en entredicho esta consideración y abrió un interrogante sobre la viabilidad y corrección de la misma.

Republicanos y socialistas: la vía imposible de las reformas

A la pacífica proclamación de la República el 14 de abril de 1931 no siguió ningún período de tranquilidad social que muchos esperaban, pero en el que muy pocos confiaban. Los problemas históricos que acabaron hundiendo a la Monarquía se plantearán de nuevo con mayor virulencia si cabe. El país necesitaba de cambios profundos. Todos los políticos de la época insistían en ello. Republicanos y socialistas coincidían en la idea de una república burguesa en la que un cierto número de reformas hiciera posible la transformación del país. Su proyecto encontró el apoyo inicial de sectores de la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado, seducidos por el espíritu reformador que encarnaba la II República. Pronto se verán cruelmente decepcionados ante los resultados obtenidos. Los brotes revolucionarios se sucederán uno tras otro, al mismo tiempo que la reacción intentará reorganizarse políticamente para tomar la iniciativa. El ideal de la II República chocará con los problemas que arrastraba el país. Las aspiraciones de obreros y campesinos, al no encontrar un marco en el que pudieran ser satisfechas, plantearán una y otra vez el problema de la revolución. Pensar que el país podía modernizarse sin plantear el problema de la propiedad, o el de redistribución de la riqueza sobre otras bases, era sencillamente una utopía. En el campo cualquier solución que no contemplara la expropiación de los latifundios no hacía sino agravar la crisis. Por otro lado, el afán de republicanos y socialistas por tranquilizar a las fuerzas conservadoras tampoco servirá para impedir que acaben organizando la contrarrevolución con los militares. Desde 1931, tanto los partidarios de la táctica *“accidentalista”* –la ANCP, la CEDA de José M^a Gil Robles, el periódico *El Debate*...– como los *“catastrofistas”* –los partidarios más radicales de Alfonso XIII, los carlistas...– estaban de acuerdo en última instancia en aplastar al movimiento obrero a quien juzgaban culpable de la situación¹⁰. El fracaso de la *“sanjurjada”* en agosto de 1932, inclinó la balanza por un tiempo –hasta 1936– a favor de los primeros: la táctica del *“caballo de Troya”*, consistente en minar la República desde dentro, encontró el terreno favorable especialmente a partir de noviembre de 1933, con la formación de gobiernos que abanderaron esa tarea. En contrapartida, el triunfo de los *“accidentalistas”* sirvió también para modificar la opinión de algunos

socialistas acerca de las posibilidades de la democracia burguesa, es decir, acerca de las posibilidades de realizar reformas sociales sin cambio revolucionario.

Después del 14 de abril, a lo que aspiraban los socialistas y los burgueses demócratas o liberales era a liberar a España del atraso, a convertirla en un país moderno en el que el peso de los sectores que se habían constituido secularmente como una pesada carga que obstaculizaba un mejor desarrollo de la economía y una mejor distribución de la riqueza, desapareciera o tuviera una incidencia menor. Sin embargo, este objetivo aparecía como una tarea ciertamente imposible en la medida en que la burguesía española se encontraba ya en ese momento estrechamente ligada a una oligarquía en la que se mezclaban los diversos elementos de la vieja España: la Iglesia con su poder infinito, la nobleza y los grandes propietarios que asfixiaban el campo, el capital aristocrático, eclesiástico y también financiero, que consideraba sobre todo los beneficios del mantenimiento del viejo orden. Cualquier reforma importante que se propusiera como objetivo modernizar el país era imposible de realizar sin tocar las posiciones de privilegio del Ejército o la Iglesia, cuya jerarquía figuraba entre los mayores terratenientes del país. Por ejemplo, que la oligarquía terrateniente estuviera en contra de las reformas que pretendió introducir en el campo el primer gobierno republicano no era el resultado de ninguna *“maldad intrínseca”* sino del hecho que el sistema latifundista de propiedad de la tierra se apoyaba en gran medida en su viabilidad económica, es decir, en la existencia de una gran reserva de campesinos sin tierra a los que se pagaban salarios mínimos por el período más corto posible. Por ello los aumentos salariales y la protección contra el despido amenazaban las bases de todo el sistema. Por eso se negaron a aplicar sistemáticamente la Ley de Laboreo Forzoso que pretendía mitigar los efectos del paro entre los jornaleros del campo. Por la misma razón, estuvieron radicalmente en contra del decreto de Términos Municipales, una modesta medida que pretendía impedir que los propietarios utilizaran jornaleros de otras poblaciones para rebajar los salarios, y que les confería un poder inmenso al poder disponer de mano de obra *“dócil”*, y al mismo tiempo imponer la sumisión entre las familias trabajadoras que dependían de los jornales que podía o no ofrecerles en función de la actitud de éstas.

El punto de partida socialista llevaba aparejada la política de alianzas con la que el partido se proponía conseguir sus objetivos. La discusión sobre la necesidad o no de establecer alianzas con los republicanos ya había alimentado el debate entre las diferentes corrientes desde los tiempos del Comité Revolucionario de 1930¹¹. Como se ha explicado más arriba, republicanos y socialistas coincidían en la idea de una república burguesa en la que un cierto número de reformas hiciera posible la transformación del país. Azaña, un hombre que se identificaba sobre

del Comité de abandonar Mieres, los compañeros del PC tratan de envenenar los ánimos de los trabajadores haciéndonos a nosotros responsables directos de la deserción de los comités de toda Asturias.

Decidimos poner las cartas sobre la mesa. Se celebra una reunión del Comité, y los que tanto habían alborotado contra nosotros se ven obligados a reconocer que a todos nos cabe la misma responsabilidad en el acuerdo adoptado la víspera. Liquidado este enojoso incidente decidimos volver a ocupar cada cual su puesto y reemprender la lucha por la revolución hasta triunfar o morir.

El día 12 era, como los otros días, un día de lucha revolucionaria. La huida de los comités no había producido demasiada desorganización en el frente de Campomanes. Se recuperaron las posiciones abandonadas. Pero no se cuenta más que con dinamita. Es un combate desigual pero se está resuelto a no deponer las armas hasta el último momento. El Comité de Pola de Lena alienta a los trabajadores. El Comité de Mieres se encuentra ahora con la responsabilidad de la dirección del movimiento revolucionario en toda Asturias. Aumenta la producción de bombas pero no se puede abastecer a todos los frentes. Grupos de trabajadores salen al frente armados sólo de alguna bomba.

Del frente llegan infinidad de heridos. A un combatiente revolucionario un casco de metralla le ha arrancado la mano izquierda, se le practica la primera cura y se dispone a volver al frente inmediatamente. Los médicos, aterrados, tratan de impedirlo, pero a pesar de estar amputado de un brazo se marcha al frente al lado de sus hermanos de clase. No es un caso único.

En Oviedo se ha formado un nuevo Comité integrado por miembros del Partido Comunista. Me entrevisto con ellos para plantearles con toda claridad que sin municiones y medios serios de combate la resistencia es imposible. Casi a la misma hora la aviación emprende un terrible bombardeo. Es necesario retirarse. El nuevo comité se obstina. Las fuerzas contrarrevolucionarias están a dos pasos. Si hubieran hecho caso, la toma de Oviedo no hubiera producido tantas víctimas y los mismos que me tildaron de cobarde luego reconocieron que tenía razón.

Llamo a los compañeros revolucionarios a que inicien rápidamente la retirada, y se repliegan hacia la cuenca minera.

A las 18:00, las fuerzas contrarrevolucionarias entran en Oviedo asesinando a todos los obreros que encuentran, combatientes o no. La carretera queda llena de cadáveres. Entre los compañeros asesinados por las tropas mercenarias a las órdenes del gobierno central, que dirige el general López Ochoa, están Bonifacio Martín, viejo militante socialista, uno de los más heroicos compañeros revolucionarios, que dirigía los grupos revolucionarios en Lugones. Bonifacio Martín simboliza el recuerdo de todos los mártires de Asturias, y con él José María Martínez, sindicalista. Tras largos años de lucha entre sí, de desunión y hostilidad, cayeron unidos por la misma acción y la misma causa. Gracias al esfuerzo y tenacidad de los dos, la Alianza Obrera asturiana pudo englobar a la casi totalidad del proletariado.

Las tropas, en particular los regulares y el Tercio, asesinan, roban, violan, incendian el teatro Campoamor, hoteles, tiendas, edificios. El Gobierno de Madrid acusará de los

incendios a los revolucionarios.

Hay una resistencia desesperada en la zona del cementerio. La retirada hacia la zona minera se produce ordenadamente, evitando distraerse en escaramuzas.

Informo al Comité Revolucionario de Mieres de cuanto ha sucedido en la capital y de la próxima legada de las fuerzas contrarrevolucionarias. El comité decide lanzar un manifiesto para informar a todos los trabajadores. Nos disponemos a reorganizar un fuerte ejército para hacer retroceder a las fuerzas contrarrevolucionarias. Se ocupan los centros más estratégicos.

La fábrica de Vega, donde se preparaban las municiones, es abandonada y tomada por los contrarrevolucionarios. En la fábrica de Trubia hay varios compañeros encargados de preparar municiones. Se acuerda que los camaradas que disparan en el frente tengan cuidado de no perder las cápsulas para que se puedan volver a cargar.

Los picos de las montañas próximas a Mieres están ocupados por revolucionarios, que deben comunicar al Comité Revolucionario cualquier anomalía. Para el día siguiente se prepara una ofensiva para hacer retroceder a los contrarrevolucionarios.

12.- Tenacidad revolucionaria e intrigas

En la madrugada del día 13 un grupo de trabajadores me despiertan diciendo que en el Ayuntamiento no se encuentra ninguno de los miembros del Comité Revolucionario de Mieres, por lo que suponen que también han huido. Colmo primera tarea reorganizamos la guardia roja, que tiene como misión mantener el orden revolucionario. En la plaza del Ayuntamiento designo a los compañeros que conmigo volverán a organizar la lucha revolucionaria.

Los presos que estaban en el Ayuntamiento también han sido liberados por sus guardianes. Pero en la Casa del Pueblo, donde también hay prisioneros de la fuerza pública, no ha sucedido nada.

A las cinco y media de la madrugada se reúne el nuevo comité revolucionario. Deciden buscar a los miembros del anterior comité y a los presos liberados. Los compañeros designados para buscarles proponen fusilarles en el acto, a lo que me opongo. Tienen que traerlos para que una asamblea de todos los trabajadores decida democráticamente su suerte.

La situación en los frentes es muy crítica.

Se redacta una octavilla explicando que la huida del antiguo comité se debe a una noticia falsa lanzada por los elementos reaccionarios.

Organizamos unos cuantos grupos que, disponiendo de cierta cantidad de dinamita, van a relevar a los que luchan en el frente.

Traen a los miembros del antiguo comité. Todos protestan que han sido desde el primer día verdaderos revolucionarios. Todos son devueltos a sus puestos en el Comité, y yo me encargo de hacer comprender a los trabajadores el valor revolucionario de que habían dado pruebas dichos compañeros. Algunos reclamaban la asamblea para que les juzgase. Propongo reunir a los jefes de grupo y los jefes de guardia

10.- Desde el mismo momento de la proclamación de la II República, las derechas se dividieron en función de la actitud a adoptar ante el nuevo régimen: los "catastrofistas" pretendían el derrocamiento violento de la República, mientras que los "accidentalistas", que consideraban que las formas de gobierno eran accidentales y que lo importante era el contenido económico y social, aceptaron el nuevo marco para intentar anular la República desde dentro. En este sentido, se plantearon como objetivo construir un partido de masas de derechas con el que poder actuar para bloquear la vía reformista de socialistas y republicanos.

11.- El 17 de agosto de 1930 se reunieron en el Centro Republicano de San Sebastián una serie de personalidades republicanas y representantes de partidos de Euskadi, Cataluña y Galicia. Por los socialistas acudieron, a título personal, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. En esta reunión

ponerse el sol no habéis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después iremos contra vosotros hasta destruirlos sin tregua ni perdón.

¡Rendíos al Gobierno de España! ¡Viva la República!”
Con este lenguaje, el gobierno de criminales, asesinos, reaccionarios y fascistas se dirige contra los valerosos combatientes revolucionarios que no han hecho otra cosa que defender la República que fue proclamada por los pueblos de España el 14 de abril de 1931, y que ha sido usurpada por toda esta reacción clerical-fascista.

10.- La revolución decae

El Comité Revolucionario de Mieres fija un bando estableciendo el nuevo orden social. Dice:

- 1.- Que todos los que se encuentren en condiciones de marchar al frente pasen a alistarse.
- 2.- Cese radical de los actos de pillaje, so pena de ser pasado por las armas-
- 3.- Todo el que tenga armas, debe declararlas
- 4.- El que tenga artículos de pillaje o productos del pillaje, tiene que entregarlo.
- 5.- La situación se agrava: los trabajadores que están en Vega del Ciego estiman que la falta de municiones se debe al sabotaje.
- 6.- Se confiscan los víveres y artículos de vestir.
- 7.- Se convoca a los miembros del comité para organizar la distribución de víveres y vestidos.
- 8.- Se prohíbe disparar a la aviación en tanto no lo decida el comité.

El día 11 la situación empeora. Los jefes de grupo advierten de que si no llegan municiones, dejarán la línea de fuego. El Comité Revolucionario de Mieres decide requisar las municiones donde ha cesado el combate. En dos horas, el frente de Campomanes tiene 2.000 proyectiles. De momento se mantiene el frente.

Los trabajadores de la Vega del Ciego atribuyen la falta de municiones a sabotaje. El comité de Pola de Lena tiene la responsabilidad de dirigir la zona, porque los combatientes revolucionarios destinados al frente de Campomanes tienen que pasar por ese comité. Y tiene que abastecer el frente. Se forma en Pola de Lena un cuartel general para el reclutamiento de voluntarios, con el sargento Vázquez al frente. Manuel Grossi pone medios a disposición del sargento y le advierte de que *“los ánimos en el frente de Campomanes están un tanto decaídos debido al cansancio de los obreros revolucionarios que llevan cinco días sin soltar el fusil, y sobre todo a la falta de municiones. Tu misión consiste en alentar a los trabajadores haciéndoles ver la necesidad de resistir un poco más”* mientras los trabajadores del resto de España se levantan en armas. Los trabajadores no necesitan arengas sino municiones, enviar camaradas con un fusil vacío es una quijotada, si no un crimen.

La insurrección entra claramente en decadencia. Se suceden las quejas de los frentes que llegan al comité de Mieres, reunido permanentemente. Envía delegados a conseguir municiones. Trubia entrega cinco cajas, Oviedo dos. El Comité indica que a falta de municiones utilice la dinamita.

Sobre toda Asturias vuela una nube de aeroplanos contrarrevolucionarios. No sólo sueltan bombas sino paquetes de ABC, de *El Debate* en los que se dice que el movimiento ha fracasado y sólo quedan focos en Mieres y Sama.

Al Comité Revolucionario de Oviedo se le anuncia la próxima llegada del enemigo. Compañeros que huyen de Gijón informan de su difícil situación. Los contrarrevolucionarios atacan los barrios extremos de la carretera de Lugones. Los miembros del comité acuden allí cada uno a la cabeza de un grupo, con las municiones de que se dispone y con dinamita.

Hay compañeros que abandonan la línea de fuego por la falta de municiones. Se producen enfrentamientos con los que dicen que hay que mantenerse allí utilizando la dinamita. La aviación trata de destruir todas las posiciones de los revolucionarios. Algunos corren a refugiarse, otros dejan el fusil, otros se lo llevan.

Ante esta situación de desesperación no hay otra solución que dirigir un llamamiento en todos los frentes de la capital con el fin de que los combatientes revolucionarios se replieguen hacia el corazón de la cuenca hullera. González Peña acude a Mieres a entrevistarse con el comité revolucionario. Se decide reunir todas las camionetas que sea posible para la retirada. El movimiento revolucionario se puede dar por fracasado. Hay que poner a salvo a los compañeros que por su intervención y responsabilidad corran mayor peligro.

El Comité Revolucionario acuerda abandonar las posiciones que se mantienen desde hace nueve días. El comité de Oviedo abandona la capital a la una de la noche, y una hora más tarde lo de Mieres. También en Sama. A Trubia no llega la consigna.

11.- Hasta triunfar o morir

El acuerdo tomado por el Comité Regional se justificaba. Morir por morir con las armas en la mano era absurdo. Los revolucionarios tienen que ser capaces, ante la imposibilidad de ser victoriosos, de preparar las condiciones de salvaguardar el mayor número de militantes revolucionarios que se habían destacado y preparar en las mejores condiciones las futuras batallas revolucionarias.

Pero este acuerdo produjo decepción entre los trabajadores. En el seno del Comité Revolucionario de Oviedo, el Partido Comunista incriminó dicho acuerdo. Después de corta discusión, hubo acuerdo unánime en abandonar los frentes. Todas las organizaciones, socialista, comunista y anarquista, que componían el Comité de Oviedo, aceptaron este acuerdo. Tenemos que señalar que se publicaron algunos panfletos en los que se acusaba de cobardes al Partido Socialista.

El comité de Mieres, cuando recibe a las 12 de la noche el acuerdo del Comité Regional, avisa a los compañeros más comprometidos. Con varios compañeros salimos hacia Portugal. Por el camino, inquiero si han salido ya los demás componentes del Comité. Me dicen que están decididos a salir, pero pensaban apoderarse de algunas pesetas en el Banco Herrero. Le indicamos al chófer que dé media vuelta. Entramos nuevamente en Mieres a la una de la tarde. No tardamos en enterarnos de que, a pesar del acuerdo unánime

todo con una república de orden y equilibrio, era partidario de llevar a cabo un programa de reformas susceptible de conquistarse la buena voluntad de un número suficiente de trabajadores para mantener a raya al movimiento revolucionario. Pensaba que para ello era imprescindible la colaboración con las fuerzas obreras. Los socialistas, por su parte, esperaban que con la república y un cierto desarrollo burgués de la economía, España podía transformarse en una sociedad burguesa moderna, lo que según ellos, era un paso previo obligado para poder luchar por el socialismo. Prieto opinaba que los socialistas debían colaborar con los republicanos, en primer lugar, porque estaba convencido que la burguesía era demasiado débil para llevar adelante su propia revolución sin ayuda. Largo Caballero, hostil en principio a esta tesis, acabaría apoyándola pensando sobre todo en los beneficios materiales inmediatos que podía acarrear al movimiento socialista. Paradójicamente, sólo Besteiro, representante del ala derecha del partido, se mantuvo contrario a estas posiciones. Pensaba que los socialistas deberían dejar que la burguesía hiciese su propia revolución, pues existía la posibilidad que los socialistas se encontrasen en la posición contradictoria de tener que sacar adelante una política burguesa.

Pero la actitud de algunos dirigentes socialistas cambiará en 1933, año en el que la vía de las reformas parecía más bloqueada que nunca y la oposición de las clases dominantes a cualquier idea modernizadora o de un mínimo contenido social se hizo más encarnizada. El Partido Socialista, que participaba en el gobierno con tres ministros, se había visto enfrentado a sus propias bases al asumir una política resueltamente moderada y no faltaron voces que empezaron a reclamar la ruptura de la coalición con los republicanos para así tener más margen de maniobra¹². Entre ellas, la del propio Largo Caballero que pasó de ser un ferviente partidario de la coalición, a abogar por su abandono. No es que el Partido Socialista como tal hubiera modificado su estrategia. El problema era que la política de reformas se antojaba inviable por la oposición feroz de la derecha, y porque además no había ningún sector de la burguesía supuestamente interesada en las mismas. Como explica un conocido historiador, el error de los socialistas consistió en creer que los políticos republicanos del Comité Revolucionario de 1930 y del Gobierno Provisional eran la burguesía que iba a cumplir el papel histórico de la burguesía inglesa en el siglo XVII y de la francesa en el siglo XVIII, cuando en rea-

lidad aquellos pertenecían a la intelectualidad pequeñoburguesa urbana y, además, el momento en el que la burguesía española podía haber tratado de barrer la obsoleta estructura del antiguo régimen había pasado hacía mucho¹³.

El ascenso de la movilización obrera

Ya casi desde el inicio del nuevo régimen, las masas trabajadoras habían mostrado su impaciencia a través de las numerosas huelgas que se sucedieron por todo el país. La creencia de que una vez abolido el régimen monárquico se daría satisfacción a las reivindicaciones obreras, espoleó extraordinariamente la movilización, y fortaleció enormemente partidos y sindicatos, los cuales experimentarían un aumento espectacular de sus efectivos. Las huelgas exigiendo que se cumplieran las disposiciones sociales que el Gobierno había aprobado y que eran sistemáticamente saboteadas por los propietarios, y las que surgían en demanda de mejoras salariales y laborales, se sucedieron una tras otra, tanto en el campo como en la ciudad. Según la Memoria del Comité Nacional de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (UGT) ante su congreso celebrado en 1932, las huelgas declaradas por el sindicato durante todo el 1931 y el primer semestre del 1932, fueron 925 –no se contabilizaban las declaradas por la CNT–, la mayoría de las cuales tuvieron como escenario las provincias de Valencia, Toledo y Badajoz. En 1932 se declararon en España 681 huelgas y al año siguiente casi se doblaría esta cifra: 1.127 con un porcentaje del 40% de huelgas que tuvieron un resultado positivo.

Particularmente importante fue la movilización de los trabajadores del campo, no sólo porque el problema que subyacía tras ella –la esperada reforma agraria– dividía a republicanos y socialistas, y ponía al desnudo todas las contradicciones, sino porque una de las federaciones más importantes de la UGT, la FNTT, se erigió en el instrumento que utilizarían los jornaleros para plantear sus reivindicaciones y para organizar sus movilizaciones, al mismo tiempo que se convertía en 1932-1933 en un quebradero de cabeza continuo para el gobierno y para los ministros socialistas¹⁴. En Andalucía –Sevilla, Cádiz, Huelva y Córdoba– las huelgas fueron acompañadas frecuentemente de ocupación de fincas. En Extremadura, las ocupaciones de fincas y los hurtos de frutos tomaron grandes proporciones. Uno de los motivos de los frecuentes conflictos fue la

se eligió un “Comité Revolucionario” formado por Alcalá Zamora, Miguel Maura, Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Fernando de los Ríos, al que se le asignó el objetivo de desencadenar un movimiento en toda España que acabara con la Dictadura y la Monarquía, y estableciera la República. Este movimiento, y las conversaciones que acabaron sellando un acuerdo entre las fuerzas que participaron, se conocieron como “Pacto de San Sebastián”. Después de haber fijado varias fechas, finalmente se acordó declarar un movimiento revolucionario el 15 de diciembre. Los capitanes Fermín Galán y García Hernández se anticiparon a esta fecha y sublevaron la guarnición de Jaca el día 12. Como es sabido la sublevación fracasó y los dos capitanes fueron fusilados y la mayor parte de los miembros del Comité Revolucionario fueron encarcelados.

12.-Ya el Congreso extraordinario que celebró el PSOE en julio de 1931, poco después de las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio, giró en torno a la cuestión de si se debía seguir participando en el Gobierno o no, tema que fue resuelto en sentido afirmativo, aprobándose una propuesta de Indalecio Prieto por 10.607 votos contra 8.362.

13.-Paul Preston, La destrucción de la democracia en España / Reacción, reforma y revolución en la II República, pág. 52.

14.- En el proceso de crecimiento que experimentaron todas las organizaciones obreras tras la proclamación de la República, la UGT fue una de las que tuvo un mayor aumento. En su interior, una de las federaciones que aumentó espectacularmente sus filas fue la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que pasaría de tener poco más de 27.000 afiliados en 1930, a tener, en junio de 1933, 451.337, lo que suponía alrededor del 45% del total de la afiliación de la UGT. Su implantación más fuerte era en Extremadura, Toledo, Jaén, Córdoba, Málaga y Valencia. El periódico de la Federación El Obrero de la Tierra pasó de los 32.000 ejemplares a principios de 1932 a más de 80.000 en el mes de junio.

negativa de los patronos a dar trabajo a los obreros sindicados; en otros, se trataba de la negativa total a dar trabajo como fórmula para doblegar a los trabajadores por el hambre. En Jaén, un feudo de la FNTT, dónde la situación era tensa debido a esta táctica patronal, el sindicato convocó una huelga de 24 horas para protestar contra la resistencia a aplicar el decreto de laboreo forzoso.

La Ley de Reforma Agraria, repetidamente modificada desde que se iniciara su trámite, aplazada una y otra vez durante la primera legislatura, vio la luz finalmente en septiembre de 1932. Sin embargo, el contenido de la misma no satisfizo a nadie: ni a las masas de jornaleros ávidas de tierra y en una situación extrema, ni a los propietarios y grandes terratenientes que no podían soportar la más mínima ingerencia del Estado en favor de los campesinos. Por otro lado, la lentitud en su tramitación y el alcance más bien limitado de la misma, acabaron por exasperar a los que esperaban que la Reforma Agraria repartiría la tierra entre quienes tenían necesidad de ella para vivir. A finales de 1933, el balance no podía ser más exiguo: como consecuencia de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, sólo se habían instalado 4.399 campesinos en 24.203 hectáreas, una cifra ridícula si tenemos en cuenta la superficie de tierra que podía ser objeto de expropiación, y la cantidad de brazos disponibles para bajarla¹⁵. Más ridícula aún si se tiene en cuenta que el proyecto socialista preveía instalar de 100.000 a 150.000 campesinos por año. En la provincia de Jaén, por ejemplo, sólo fueron asentados unos 5.000 obreros entre 1931 y 1936, cuando las cifras de paro oscilaron durante ese mismo período entre 38.000 y 45.800. Según las cifras oficiales, el número de parados ascendía en 1933 a casi 600.000, de los cuales, un 64,5% —más exactamente, 382.965— correspondía a jornaleros agrícolas. A finales de este año, eran frecuentes los informes que redactaban alcaldes y gobernadores civiles en los que se relataba como los obreros en paro se veían obligados a pedir limosna por las calles. Se entiende, pues, la cólera y la decepción de miles de trabajadores en Andalucía y Extremadura que sin esperar más se lanzaron a la ocupación de fincas, protagonizando numerosos enfrentamientos que acababan casi siempre con la intervención violenta de la Guardia Civil, acción para la que a menudo contaba con la colaboración de los mismos patronos¹⁶. Significaba también un aviso: la presencia socialista en el gobierno ya no era suficiente para contener la movilización campesina.

Pero la movilización del campo no afectó sólo a aquellas zonas en las que predominaba el latifundio y las grandes masas de jornaleros. También en Cataluña se produce un proceso de movilización campesina que llevará a los

rabassaires a manifestarse el 14 de abril de 1933 en Barcelona y a presentar a Maciá sus reivindicaciones. Durante todo este año, la agitación en el campo catalán —que no había cesado desde la proclamación del nuevo régimen y la promulgación de los primeros decretos que abrieron un período de revisión de los contratos de cultivo— mantendrá la confrontación política con el gobierno autónomo, que no se decidía a actuar contra los grandes propietarios agrupados en el *“Institut Agrícola Català de Sant Isidre”* y que dependía del desarrollo de una ley de arrendamientos rústicos anunciada en la Ley de Reforma Agraria pero que las Cortes no llegaron a debatir nunca. La movilización de los *rabassaires* conseguirá una ley que suspenda las resoluciones judiciales que suponían embargos y desahucios contra los aparceros por falta de entrega de la parte correspondiente de la cosecha a los propietarios, después de una campaña en ese sentido y de que muchos campesinos se hubieran negado a satisfacerla. Sin embargo, la Unión de *Rabassaires* no lo consideró suficiente y continuó presionando al gobierno catalán, provocando la primera gran diferencia con éste. La cuestión agraria agravaría la crisis política en Cataluña —rompió el consenso entre los partidos mayoritarios, la ERC y la Lliga— y sería el detonante que catapultaría el movimiento de octubre.

La experiencia de Alemania y Austria y la reacción de la clase obrera

Pero mientras en España el régimen surgido del 14 de abril trataba de abrirse camino y los socialistas intentaban sacar adelante un programa mínimo de reformas —con el resultado ya comentado y en medio de un desgaste brutal— que había levantado las iras de todas las *“derechas”*, y empezaba a minar sus propias bases, el desarrollo de la situación política en Europa vino a impactar de lleno en la situación española. En efecto, desde enero de 1933, Hitler y el partido nazi se habían hecho con el poder en Alemania y las consecuencias para los trabajadores y sus organizaciones habían sido terribles: el partido comunista —el más fuerte del mundo después del partido comunista ruso— y el partido socialista han sido puestos fuera de la ley y prácticamente borrados del mapa en pocos meses después de ser sometidos a una feroz represión. Tanto el KPD —en pleno apogeo de la teoría del socialfascismo que le llevó en algunas ocasiones a hacer el frente único... con los nazis contra los socialistas¹⁷— como el SPD, entregado completamente a la burguesía y a una política que fiaba todo en la creencia de que la Constitución de Weimar y las instituciones eran instrumentos suficientes para frenar a Hitler, tie-

El comité de Mieres estudia la situación en ese frente de Campomanes. Como en el ejército de la contrarrevolución hay soldados que pertenecen a la clase obrera, se decide redactar una octavilla para invitarles a pasar al campo de la revolución obrera. Para ello, se prepara un bidón lleno de octavillas y con cuna cierta cantidad de dinamita, se coloca sobre un asno, para dirigirle hacia las fuerzas de la contrarrevolución. Todo está calculado para que a su llegada haga explosión y así distribuya las octavillas entre los soldados. Pero a la mitad del camino, el asno dio media vuelta.

En estos combates se utilizan lanzabombas fabricadas en los talleres de calderería de la fábrica de Mieres. Son aparatos con una placa con muelle. Al extremo hay un plátillo en el que se coloca la bomba. Estos aparatos dan excelentes resultados. Al caer en el campo de los contrarrevolucionarios las bombas siembran el pánico. Los jefes contrarrevolucionarios gritan con frecuencia: *“¡criminales no empleéis dinamita, tirad con los fusiles!”* Los combatientes revolucionarios tiran con lo que tienen.

La prensa contrarrevolucionaria dice que todas estas invenciones eran una prueba de que los preparativos se habían hecho con anterioridad a la revolución. Lo que ignoran los contrarrevolucionarios es el espíritu creador de que son capaces los trabajadores revolucionarios. Todo ha sido improvisación o creatividad revolucionaria. De haber durado unos días más, nadie es capaz de saber los medios que se hubieran ingeniado los trabajadores revolucionarios.

Una nueva fase

Estamos de lleno ante una nueva fase. La contrarrevolución se defiende y ataca. A pesar de la superioridad de los contrarrevolucionarios, los combatientes revolucionarios defienden encarnizadamente su revolución. El día 9, la lucha continua en la capital asturiana. Los grupos que tienen la responsabilidad de apoderarse de la fábrica de armas de la Vega, son voluntarios. Han recibido las mejores armas. A las seis de la mañana emprenden el ataque, emplean abundante dinamita. Las fuerzas contrarrevolucionarias emprenden la huida hacia el cuartel de Pelayo. Los combatientes revolucionarios asaltan la fábrica de armas y se apoderan de 24.000 fusiles, fusiles ametralladores, ametralladoras, etc. Pero las grandes esperanzas de los combatientes revolucionarios se desvanecen, porque carecen de municiones.

Las fuerzas de la contrarrevolución ocupan la parte alta de los edificios de Oviedo. Ante tal situación, el Comité Revolucionario de Oviedo se reúne con urgencia para discutir la proposición de los combatientes de dinamitar la catedral. El Comité Revolucionario decide por unanimidad que la catedral será respetada.

Los combatientes revolucionarios estiman indispensable destruir otros muchos edificios, donde la contrarrevolución ofrece viva resistencia. Hay una nueva situación, Cataluña ha capitulado. Tampoco se sabe absolutamente nada de lo que sucede en el conjunto de los pueblos de España, solamente se conoce lo que afirma el Gobierno central a través de la radio. Lo confirma la concentración

de las fuerzas contrarrevolucionarias en Grado, por lo que se constata que la situación es desfavorable para la revolución obrera y socialista.

La propaganda del Gobierno central acusa a los combatientes revolucionarios de incendiarios, cuando las fuerzas contrarrevolucionarias incendian el 9 por la noche la sede del periódico Socialista de Oviedo. Esa misma noche, incendian el teatro Campoamor.

En Gijón la lucha es también cruel y encarnizada. No se tiene que olvidar que fue en Gijón donde las fuerzas contrarrevolucionarias hicieron su aparición, ya que llegaron por mar. En Cimadevilla, los combatientes revolucionarios libraron una de las batallas más sangrientas, cuyo objetivo era ocupar este céntrico lugar desde donde podrían lanzarse hacia el Musel, donde estaban emplazados los cañones de las fuerzas contrarrevolucionarias.

En la noche del día 8 y a gran distancia del Musel, los buques de guerra de la contrarrevolución se limitaron a iluminar con sus reflectores, sembrando el pánico en la población. Los comités revolucionarios lanzan manifiestos incitando a los trabajadores a permanecer en sus puestos de combate. Los bombardeos de la aviación contrarrevolucionaria hacen carnicerías, asesinando a obreros, mujeres y niños. La cifra de muertos en Gijón asciende a 600.

Otra fortaleza de la revolución es Sama. Al igual que en Mieres, se han constituido comités de abastos, seguridad, reclutamiento.

En la fábrica de Trubia se trabaja día y noche. Los montes de Trubia están protegidos por cuatro cañones. En Turón se ha instalado una estación de radio de onda corta. Es la única radio que funciona en Asturias. Transmite las noticias a las 9 de la noche. Su emisión empieza con las letras UHP. Después de repetir UHP, un grupo de camaradas entonan la Internacional.

La aviación contrarrevolucionaria no puede olvidar Mieres, centro de la revolución, descargando bombas en las calles más céntricas. La mayoría de las víctimas son niños y mujeres.

El Comité revolucionario de Mieres lanza una octavilla llamando a que no se dispare contra los aviones. Dicha medida, absolutamente respetada, quiere evitar que se desperdicien las municiones, y que los aviones, al verse agredidos, intensifiquen su criminal carnicería. Pero los aviones continúan asesinando fríamente. Con las bombas lanzan octavillas:

“Rebeldes de Asturias: ¡Rendíos!”

Es la única manera de salvar vuestras vidas, la rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de 24 horas.

España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuestos a aplastar sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura.

La Generalitat de Cataluña se rindió a las tropas españolas en la madrugada del domingo. Companys y sus cómplices esperan en la cárcel el fallo de la justicia.

No queda una huelga en España. Estáis solos y vais a ser las víctimas de la revolución vencida y fracasada.

Todo el daño que os han hecho los bombardeos del aire y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis implacablemente, si antes de

15.- Boletín del Instituto de Reforma Agraria, (diciembre, 1933), págs. 202-203.

16.- Una relación, incluso sucinta, de choques violentos entre jornaleros y la Guardia Civil puede dar una idea de cual fue la situación: el caso ya citado de Castillblanco; el del pueblo de Villa Don Fadrique (Toledo) en el que murieron dos trabajadores y un guardia civil y hubo numerosos heridos; el del municipio de Casasviejas (Cádiz) donde el anarquista "Seisdedos" y toda su familia pereció después que la Guardia Civil incendiará la casa donde habitaban, y en el que murieron además 12 jornaleros asesinados al día siguiente por la fuerza pública; en Zorita (Cáceres) la Guardia Civil disparó contra los jornaleros y mató a tres de ellos. En su órgano La Batalla, el BOC afirmaba que entre abril de 1931 y julio de 1933, la policía y el Ejército habían matado a 400 obreros y herido a unos 2.000, y que otros 9.000 (la mayoría anarquistas) habían sido encarcelados por motivos políticos (A. Durgan, BOC 1930-136, pág. 186).

17.- El Partido Comunista Alemán, en la ciénaga de la teoría estalinista del "socialfascismo" según la cual no había diferencias entre el fascismo y la socialdemocracia, había estado dirigiendo sus mejores golpes contra el Partido Socialista, llegando incluso a participar en 1931 en una inicia-

reunir treinta mil hombres, de una retaguardia que proteja nuestro avance, sirviéndose de la dinamita.

Después de un amplio debate, esta propuesta es desechada. Oviedo no está en nuestro poder. En Gijón, la mayoría de los edificios están en poder de los contrarrevolucionarios. Se carece de los medios necesarios. La victoria es dudosa.

El Gobierno central reaccionario y fascista anuncia que la revolución ha fracasado en Cataluña, por la vergonzosa capitulación de Companys, etc. y anuncia el envío de tropas contra Asturias.

8.- Oviedo, campo de batalla

Hay que defender, cueste lo que cueste, la revolución obrera y socialista que tan valerosamente esos luchadores revolucionarios están llevando consecuentemente a término.

Como ya hemos dicho, el gobierno presidido por Lluís Companys, proclamó la República Catalana dentro de la República Federal Española. Esta proclamación no duro más que el tiempo suficiente para un abrir y cerrar de ojos. La Alianza Obrera de Cataluña se sometió políticamente a las fuerzas pequeñoburguesas, que a su vez prefirieron capitular ante el Gobierno central de Madrid que armar a la clase obrera catalana, para que ésta defendiera hasta el fin la República Catalana, el derecho a su autodeterminación como nación catalana, y lo más importante, las libertades democráticas del conjunto de todos los pueblos de España, piedra angular de la defensa de la insurrección del proletariado asturiano.

No se mantiene contacto alguno con el resto de los pueblos de España. Se está convencido de que los trabajadores del conjunto de los pueblos de España se han lanzado a la calle con las armas en la mano. Pero a medida que las horas avanzan, se esta convencido de que las informaciones del Gobierno central se confirman, que la lucha revolucionaria está localizada en Asturias.

Ante esta situación tan compleja los revolucionarios de Asturias tenían ante sí la responsabilidad de continuar la lucha revolucionaria en condiciones sumamente excepcionales.

A primeras horas del día 8, se reciben informes de que las fuerzas de la contrarrevolución han recibido numerosos refuerzos en Campomanes, Manuel Grossi Mier se traslada inmediatamente a la línea de fuego, para confirmar dicha información. Se comprueba que a lo lejos de la carretera avanzan numerosos soldados. Pero a medida que se acercan, se constata que se trata de un ejército ciclista. En Vega de Ciego, se organiza una fuerte columna revolucionaria. A las cuatro de la tarde, las fuerzas contrarrevolucionarias emprenden su primera ofensiva. Después de dos horas de combate, las fuerzas contrarrevolucionarias quedan desarticuladas. La carretera se encuentra cubierta de cadáveres. Nos llena el alma de tristeza pensar que ha habido que enfrentarse con soldados que son hijos del pueblo, obligados a llevar el uniforme de la contrarrevolución.

La lucha en las calles de Oviedo las ha convertido en verdaderos campos de batalla. Las dificultades aumentan, por la escasez de víveres. Se mandan abundantes provisiones de Grado y Mieres.

La dinamita ha sido el arma fundamental que se ha utilizado durante la insurrección asturiana. Los mineros, familiarizados con la misma, la manejan de tal manera que llena de terror a las fuerzas de la contrarrevolución. La fabrica de dinamita de la Manjoya, que estaba en poder de los revolucionarios, permite enviar grandes cantidades a Oviedo. Ya había llegado de Mieres, Sama, etc. Se necesitan otras armas, y éstas se encuentran en la fábrica de Oviedo. Los trabajadores de dicha fábrica nos han informado. Es objetivo de primer orden para la victoria de la insurrección ocupar dicha fábrica. El Gobierno central de Madrid manda más fuerzas contra los revolucionarios. A pesar de que se dispone de un gran número de combatientes revolucionarios, en la retaguardia esperan impacientes un gran número de camaradas que exigen armas para incorporarse a la lucha. Hay que señalar que muchos otros camaradas, a falta de armas, se han lanzado a la lucha con unos simples cartuchos de dinamita.

En la cárcel modelo de Oviedo, se encuentran camaradas presos. Se considera una vergüenza no rescatarlos. Se organiza un grupo de combatientes revolucionarios para atacar la prisión y rozando los muros, ven caer un papel que dice: *“Camaradas: comprendemos la dificultad momentánea en que os encontráis para tomar la cárcel. Hoy por la mañana han caído algunos proyectiles en el centro de esta prisión. No ha habido víctimas. Nosotros hemos tomado, jugándonos el todo por el todo, el siguiente acuerdo: si para el triunfo de nuestra revolución es necesario volar la cárcel, disparad sobre ella, pues antes que nuestras vidas está la emancipación total de los explotados. ¡Adelante, pues, camaradas y luchad con firmeza hasta el triunfo total!”*

La lucha revolucionaria ha creado un impacto en toda la región minera. El fervor revolucionario se acrecienta. De Grado, Trubia, Avilés, etc. llegan camionetas repletas de trabajadores dispuestos a incorporarse a la lucha revolucionaria.

En este día 8, puede decirse que casi la totalidad de los trabajadores asturianos están al lado de la revolución obrera y socialista porque ven en ella la realización de su más profundos anhelos de liberación social.

9.- El frente de Campomanes

A pesar de ello, se decide emprender la acción contra las fuerzas contrarrevolucionarias. Las fuerzas de la contrarrevolución retroceden hacia San Esteban de Pravia.

En el frente de Campomanes, las fuerzas de la contrarrevolución se refuerzan con la llegada de algunos batallones de Palencia, León, etc. Dos ejércitos se encuentran frente a frente: el de la revolución obrera y socialista y el de la contrarrevolución.

Las fuerzas contrarrevolucionarias se encuentran en el pueblo de Vega del Rey, donde han establecido su cuartel general. Los combatientes revolucionarios están parapetados desde Vega del Rey a Ronzón.

La aviación al servicio de la contrarrevolución, ametralla y bombardea. Pero los combatientes revolucionarios resisten valerosamente.

nen una responsabilidad enorme en esta derrota. El edificio construido por la socialdemocracia alemana después de años y años, se había desplomado arrasando tras de sí a militantes, organizaciones, aparato, etc. El hecho de que todo ello haya sucedido sin que el proletariado alemán, uno de los mejor organizados, haya tenido la oportunidad de ser llamado al combate para impedir esta catástrofe no hace sino aumentar la conmoción en el movimiento obrero y particularmente entre los distintos partidos socialistas.

En febrero de 1934, otro acontecimiento viene a golpear al movimiento socialista: en Viena el canciller Dollfuss, miembro de un partido católico reaccionario —una especie de Gil Robles— aplasta las milicias socialistas del Schützbund tras una semana de lucha, y acaba con la república democrática surgida en noviembre de 1918, con la declarada intención de instaurar un estado autoritario al estilo del que Mussolini había edificado en Italia. La primera medida que pone en práctica inmediatamente es la prohibición de todos los partidos y la proclamación de una constitución corporativa inspirada en la encíclica *“Quadragesimo Anno”*.

En ambos casos, queda demostrado que la burguesía no vacila en suprimir las libertades, en subvertir el marco institucional formalmente establecido si es preciso, para aplastar al movimiento obrero. La impotencia y el fracaso de los socialistas alemanes y austriacos, confiados en que la legalidad detendría por sí sola la avalancha fascista, invita a la reflexión sobre las posibilidades y eficacia de un programa de reformas bajo el capitalismo y sobre la propia democracia burguesa. Se trata de una lección difícil de soslayar. Largo Caballero estaba perfectamente informado de lo que había acontecido en Alemania a través de su consejero y hombre de confianza, Luis Araquistain, que había ejercido de embajador en este país entre febrero de 1932 y mayo de 1933. Araquistain había vivido en directo el derrumbamiento de la socialdemocracia

tiva de los nazis para obtener la revocación del gobierno socialdemócrata de Prusia, que se encontraba en minoría. Desde Prinkipo, Trotsky denuncia la política del KPD y propone como tarea principal la lucha por un frente único obrero contra el fascismo entre éste y el SPD (v. "Contra el nacionalcomunismo. Lecciones del referéndum rojo", escrito el 25 de agosto de 1931, y "La clave de la situación internacional está en Alemania", escrito el 26 de noviembre del mismo año).

Manifiesto constitutivo de la Alianza Obrera

“Compañeros: El avance de la reacción capitalista es un hecho de carácter mundial que nadie puede negar, aunque en cada país adopta características especiales.

En Italia y Alemania se ha condensado en un fascismo criminal y destructor que quiere retrotraer a aquellos pueblos a las formas políticas del tiempo medieval.

En otros países de Europa y América adopta modalidades que, sin disminuir su carácter odioso, tiende a conseguir lo que se propone, aunque aparentemente se muestre inclinada a respetar las condiciones económicas y políticas que en estos casos predominan.

En el nuestro, en España, vémosla claramente con trazas de triunfar. Primero corrompe el sistema electoral, recurriendo a los procedimientos más infames para llevar al parlamento, si no una mayoría absoluta, sí una minoría que sin contar con ella, es imposible gobernar. Después impulsa al gobierno a proclamar el estado de prevención señalado en la ley de Orden Público, con lo cual deja a la clase trabajadora inerme y sin medios de defensa contra los atropellos que el gobierno quiera acometer y que favorecen a las derechas reaccionarias.

Y más tarde, como tercera etapa de su acción infame y canallasca, se vale de la inconsciencia de las masas trabajadoras agrupadas en torno de la FAI y de la CNT con el fin de lanzarlas a la calle y llevarlas al choque brutal con la fuerza pública, y consigue con este maquiavelismo dos finalidades igualmente favorables para ella: conmover a la opinión pública para justificar las más grandes monstruosidades del poder público, y sembrar el terror, la desolación y la muerte, que justifique un golpe de estado reaccionario y fascista. Cálculos deducidos lógicamente de los hechos. Pero no prevalecerán.

Para impedirlo aquí estamos nosotros. Las entidades abajo firmantes, de tendencias y aspiraciones doctrinales diversas, pero unidas en un común deseo de salvaguardar todas las conquistas con-

seguidas hasta hoy por la clase trabajadora española, hemos constituido la “Alianza Obrera” para oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país, para evitar cualquier intento de golpe de estado o instauración de una dictadura, si así se pretende, y para mantener intactas, incólumes, todas aquellas ventajas conseguidas hasta hoy, y que representan el patrimonio más estimado de la clase trabajadora.

¡Trabajadores de Cataluña y de España! Haced como nosotros hemos hecho. Abandonad las querellas que os apartan de vuestros compañeros de explotación, aunque conservéis y defendáis vuestros puntos de vista doctrinales, a fin de constituir los comités locales y comarcales antifascistas y de oposición al avance de las fuerzas reaccionarias, en forma que sinteticen sus aspiraciones en un organismo representativo nacional. Oponed al fascismo y a la reacción el muro infranqueable de nuestra voluntad y de nuestras decisiones. A las organizaciones de Cataluña que quieran unirse y cooperar con nosotros les invitamos a enviar su adhesión [...].

También les anunciamos que cuando las circunstancias lo permitan, convocaremos una conferencia regional de todas aquellas organizaciones que estén de acuerdo con la obra que nos proponemos realizar.

¡Trabajadores organizados de Cataluña: envid vuestras adhesiones! ¡que ninguno falte en este frente obrero antifascista!

¡Viva la unión de la clase obrera para la defensa de todas sus conquistas!

Por la Unión General de Trabajadores (UGT), Vila Cuenca; por la Unión Socialista, Martínez Cuenca; por la Izquierda Comunista, (IC) Andrés Nin; por el Bloque Obrero y Campesino (BOC), Maurín; por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Vidiella; por los Sindicatos de Oposición, A. Pestaña, y por la Unión de Rabassaires, J. Calvet.”

alemana y del Partido Comunista y había escrito diversos artículos al respecto, en los que se mostraba crítico con la actuación del SPD y del KPD y en los que se ponía en duda la posibilidad de conquistar el socialismo sin revolución¹⁸.

Las repercusiones del desastre alemán no dejaron indiferentes a muchos militantes socialistas que pensaban que Gil Robles estaba empleando en España la misma táctica que Hitler en Alemania. “*Mejor Viena que Berlín*”, llegaron a pensar muchos. Fue precisamente esa sensación la que recorrió las filas del PSOE, y la que llevó a la conclusión de que la democracia republicana no representaba ninguna garantía para parar al fascismo, y que para evitar el triunfo de éste había que recurrir a la revolución y a la conquista del poder político. Esto se traducirá en un cambio de actitud ante las instituciones republicanas, que puede apreciarse, a partir de finales de 1933 y durante todo el 1934, en los discursos de la izquierda socialista.

Pero el efecto del avance del fascismo en Europa también provocó un profundo sentimiento unitario en el seno del movimiento obrero en España. La tendencia a la unidad, reacción elemental de la clase obrera en una situación de peligro, comenzó a arraigar con fuerza entre los trabajadores. La lucha por el Frente Único —consigna que había utilizado desde 1931 Nin y la Oposición Comunista española, después Izquierda Comunista de España, y también Joaquín Maurín y el Bloque Obrero y Campesino, opuesta sobre todo al “*Frente Único por la base*” que proponía el PCE— en oposición a la línea de colaboración de clase encontró el terreno propicio para desarrollarse en la práctica. En el terreno sindical, en algunos ramos se constituyen Frentes Únicos sindicales que agrupan a todos los sindicatos del sector y que actúan conjuntamente¹⁹. Y en el terreno político, el 9 de diciembre de 1933, en Barcelona, la UGT, la Federación Socialista (PSOE), el BOC, los sindicatos de oposición dentro de la CNT (treintistas), la Federación Sindicalista Libertaria, la Izquierda Comunista de España, la USC, la Unión de *Rabassaires* y la Federación de sindicatos expulsados de la CNT (controlados por el BOC) firman un manifiesto de constitución de la Alianza Obrera de Cataluña, con un programa y unos objetivos totalmente clasistas²⁰. El texto constitutivo fue el siguiente: **Manifiesto de la Alianza Obrera**²¹ (ver cuadro en página anterior).

El manifiesto fue reproducido en *El Socialista* en forma elogiosa y exhortando a que el “*ejemplo de los camaradas*

de Cataluña” tuviera “*sucursales en toda España*”. De hecho, Largo Caballero llegó a entrevistarse con delegados de la Alianza Obrera catalana en los meses de enero y febrero de 1934. El tono clasista podía apreciarse también en la apostilla con la que se concluía el manifiesto:

“*Siendo esto un frente obrero exclusivamente, las organizaciones políticas y partidos que no sean de clase habrán de adherirse moralmente, pero no ser miembros efectivos de él.*”

Andreu Nin (en la imagen), que era uno de los firmantes del pacto de Alianza Obrera y formaba parte de su comité dirigente en Cataluña, afirmó días después que su constitución era “*uno de los acontecimientos más importantes que se han producido en el movimiento obrero internacional durante esta última década (...) La trágica experiencia de Italia y Alemania ha infundido a las masas trabajadoras el convencimiento profundo de que sólo la unidad de acción de la clase obrera puede evitarle una hecatombe igual a la que han sufrido sus hermanos de*



esos dos países”²².

La Alianza Obrera constituida en Barcelona, que se concebía como parte de un movimiento de ámbito estatal que debía ser organizado a escala local, comarcal, provincial, etc., se desarrolló rápidamente por toda Cataluña a pesar de que la USC fue expulsada cuando entró en el gobierno de la Generalitat en el mes de marzo de 1934, y a pesar de que la Unión de *Rabassaires*, muy mediatizada por la ERC, también la abandonaría. En junio de este

El nuevo orden revolucionario toma medidas indispensables y draconianas para evitar los actos de pillaje.

Llega la noticia de que el gobierno central ha enviado fuerzas en dirección a Mieres. Se Se requisan camionetas para salir a su encuentro. Al llegar a Manzaneda, se encuentran ya las fuerzas de la guardia de asalto. Los primeros enfrentamientos son difíciles, porque las fuerzas contrarrevolucionarias poseen ametralladoras. A las cinco, se ocupan las posiciones del enemigo, algunas armas y, lo más importante, las ametralladoras.

Al llegar la noche, se regresa a Mieres, esta vez con las camionetas de los guardias de asalto. La llegada a Mieres de estos combatientes revolucionarios provoca un entusiasmo desbordante.

En la zona de Turon, denominada “*Turón rojo*” se lanza el movimiento insurreccional, casi a la misma hora en que comenzó la lucha en Mieres. En la madrugada del 5, se emprende el ataque para la toma del cuartel de la guardia civil, que dura cerca de ocho horas.

7.- Las fuerzas contrarrevolucionarias retroceden. Las fuerzas revolucionarias llegan a las inmediaciones del ayuntamiento de Oviedo.

Se constituyeron comités revolucionarios en toda la cuenca minera.

Ahora la tarea inmediata de los revolucionarios era preparar la marcha hacia Oviedo. La capital de Asturias no tenía que estar en manos de la contrarrevolución. ¿Quién tiene la responsabilidad de la pasividad de los trabajadores de Oviedo? Se sabe que los obreros querían entrar en acción el día 5, pero estos les paralizaron sus propios dirigentes. No se sabe cuáles fueron los motivos. Aprovechando esta pasividad de los trabajadores ovetenses, el gobernador hace distribuir estratégicamente a las fuerzas contrarrevolucionarias, en los edificios más importantes. Ello hizo que la toma de Oviedo fuese más difícil.

En la Casa del Pueblo de Mieres, se habilita uno de los salones para fabricar bombas.

En la fábrica de Mieres, se trabaja el blindaje de máquinas, vagones y camiones.

En cuanto a la situación en los frentes, el de Oviedo está un tanto estancado. En las inmediaciones del campo de San Francisco, aparecen los cañones de la fábrica de Trubia. La estación del Norte está ocupada por los soldados del regimiento 3, de la guardia civil y de asalto. Pero los revolucionarios ocupan un punto estratégico como el monte Naranco lo que facilita su acción.

Se emprenden las operaciones, ocupando, primeramente los alrededores de Oviedo por la noche, para emprenderla al amanecer. De Olloniego hasta Oviedo, se tropieza con muchas dificultades. Se sabe que los guardias de asalto y los soldados se han retirado. Pero no se sabe si se han quedado en los alrededores.

Toda la noche se oyen disparos que provocan un cierto desconcierto. Pero nuestra decisión estaba tomada, a la vez que los guardias de asalto huyen hacia la montaña, las fuerzas revolucionarias en grupos de treinta se dirigen a Oviedo, tomando todas las medidas de seguridad.

A las 6 de la mañana se empieza el ataque en la carretera de Mieres. Las fuerzas revolucionarias se encuentran ya a un kilómetro de la capital de Asturias.

Alrededor de las nueve de la mañana llegan nuevos refuerzos revolucionarios de Mieres. Estos refuerzos nos determinan a pasar a la acción definitiva. La dinamita entra en juego. Los mineros hacen prodigios con la dinamita. Los contrarrevolucionarios retroceden.

¿Qué ha sucedido con los otros grupos que tenían la misión de entrar a Oviedo, al unísono?

Los obreros armados en Las Caldas y Balduno, eran aproximadamente 700, aparte de 200 que disponían de una gran cantidad de dinamita. Estas fuerzas revolucionarias salen de Balduno alrededor de las doce, llegando al monte Naranco a las cuatro de la tarde. Esperaban que los obreros de Oviedo saldrían a su encuentro, junto a la Iglesia de San Pedro, pero no fue así. El que dirigía esta fuerza, González Peña, les dio la orden de retirada, aconsejándoles que volvieran a sus casas, porque desde Naranco la capital parecía pacífica. Pero esta orden de retirada no fue cumplida y continuaron en su puesto de combate.

El mismo día se toma la fábrica de dinamita de la Manjoya. Estaba protegida por veinte soldados del regimiento número 3, ni oponen resistencia, se pasan a las fuerzas revolucionarias.

Se dispone de una cierta cantidad de cañones, los cuales son emplazados en el Naranco.

El día 6, hacen su aparición las fuerzas enviadas por el Gobierno central para sofocar la insurrección. Por la carretera de León avanzan hacia Campomanes veinte camionetas de guardias civiles y de asalto.

Los revolucionarios disparan a su antojo, sin esperar ordenes. Era preciso corregir estos defectos que ponían en tela de juicio la revolución. Otro problema que se nos presenta es la infiltración de elementos turbios en las filas revolucionarias, cuya finalidad no es otra que introducir la perturbación, el saqueo para su uso personal, y lo más grave, el crimen vulgar.

Se organiza el comité de Mieres

Mieres, centro de la revolución obrera y socialista, se convierte en el cuartel general del ejército de los revolucionarios. El día 6, no se ha hecho todavía el reparto de las responsabilidades. Se celebra un mitin en la Casa del Pueblo de Mieres. Toman parte un representante del Partido Socialista, del Partido Comunista y Manuel Grossi Mier en representación del Comité Revolucionario. En este acto se registra el concurso de un valor revolucionario, y las mujeres deciden en medio de un indescriptible entusiasmo incorporarse a la lucha revolucionaria.

A las primeras horas del día 7, se oye un tremendo ruido de motores.

En toda la cuenca minera asturiana se habla de la dimisión del gobernador civil.

Se decide que hay que concentrar nuestras fuerzas en Campomanes. Se trata, además, de organizar un ejército invasor, cuyo objetivo es ocupar Campomanes e iniciar la marcha sobre Madrid. Para esta acción se está seguro de

18.- L. Araquistain: “Una lección de historia: el derrumbamiento alemán” (1933).

19.- Por ejemplo el Frente Único de los trabajadores de las tres empresas de gas y electricidad de Cataluña, constituido en septiembre de 1933 por el sindicato de Luz y Fuerza de la CNT (que sería expulsado por la dirección anarquista, pero que arrastraría a la inmensa mayoría de afiliados cenetistas), la UGT, el CADCI y el Sindicato de Técnicos. Este Frente intervino en una huelga reivindicativa del sector que resultaría exitosa. También en el sector de los trabajadores mercantiles hubo una experiencia similar con la creación del Frente Único de Empleados Mercantiles, que agrupaba a 9 sindicatos diferentes, en el sector metalúrgico, textil, en los ferroviarios, o en el de artes gráficas, donde también se agruparían la mayoría de los sindicatos en un frente único. El Frente Único de los trabajadores de gas y electricidad protagonizaría una nueva huelga general, igualmente victoriosa, en marzo de 1934, cuando los empresarios del sector, aprovechándose de la existencia del gobierno de derechas surgido tras las elecciones de noviembre, quisieron tirar atrás el acuerdo alcanzado con los trabajadores en septiembre.

20.- En marzo de 1933 ya hubo un intento de constituir la Alianza Obrera a partir de una convocatoria realizada por el Ateneu Enciclopèdic Popular. En aquel momento sólo apoyaron la idea los sindicatos treintistas, la USC y el BOC, los cuales decidieron formar la Alianza Obrera contra el Fascismo. Ésta organizó un mitin en Barcelona que congregó a 8.000 personas, al que siguieron otros actos en diversas poblaciones catalanas y la constitución de comités de frente único en Lérida, Olot, Reus y Vinaroz (A. Durgan, op. cit., pág. 194).

21.-Reproducido de Comunismo, núm. 31 (enero, 1934).

22.- Adelante, (16-I-1934), citado en Pelai Pagès: El movimiento trotskista en España, 1930-1935, pág. 176-177.

El Partido Comunista oficial trata de aprovecharse de las circunstancias para enfrentar a los trabajadores con el Comité Central de la Alianza Obrera. Esta maniobra no da resultado alguno. Los obreros saben a que atenerse.

Las nueve de la noche. La noticia de la entrada de la CEDA en el Gobierno recibe confirmación definitiva. Los ánimos están extraordinariamente excitados. Se masca la proximidad de la batalla. El ejército rojo está en su máxima gestación. El reloj de la revolución no se detendrá ya. La hora H, está a punto de sonar.

Hacia las diez de la noche me encuentro con Ramón González Peña (...) Llegamos fácilmente a un acuerdo: es preciso desencadenar la insurrección. Pero antes debe reunirse la Alianza Obrera y consultar a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.

(...) Las doce de la noche. Las noticias recibidas son favorables al movimiento. Todo está dispuesto. Sólo falta aplicar la cerilla a la mecha de la insurrección. La aplicamos sin vacilar, con gesto grave, pero con la voluntad de vencer.

Tenemos confianza en nuestra unidad. La Alianza Obrera Revolucionaria se ha extendido por todos los centros industriales de Asturias. Los Comités Locales tienen vida activa. El ejército de la revolución se estructura en su formación orgánica. La victoria se hace indestructible. Ella responde a la firme voluntad de toda la clase trabajadora de España que se manifiesta contra el asalto al poder por las fuerzas reaccionarias. Sólo el proletariado unido las hará retroceder. Adelante con paso firme, emprendemos el camino, con la seguridad de que nuestra misión revolucionaria será cumplida en todos los terrenos.

6.- Mieres proclama la República Socialista

El día 5, en toda la cuenca minera, la efervescencia es indescriptible. Un solo grito: Unión de Hermanos Proletarios (UHP). Esta unidad, debe permitir preparar y organizar la respuesta de toda la cuenca minera hacia la insurrección obrera ¿De qué armas dispone?

Solamente llegó un vagón de chatarra a la fábrica de Mieres, 20 días antes. En el fondo se encontraban doscientos fusiles alemanes, y solamente se pudieron aprovechar treinta. No es suficiente. Hay que recurrir a escopetas, aperos de labranza. Pero lo que ocupa un lugar preferencial es la dinamita.

El primer objetivo para los revolucionarios, es ocupar los cuarteles de la fuerza pública.

La fuerza pública patrulla por las calles de Mieres. A la una de la noche se decide parar el ataque. Toda la cuenca minera de Sama, Pola de Lena, Riosa, etc. pasan a la acción. A los primeros disparos pierde la vida el militante comunista Nazario Álvarez. El gobernador ser apresura a enviar una camioneta de guardias de asalto, pero éstos aterrados por la situación la abandonan a mitad de la carrera.



Obreros de Asturias detenidos por la Guardia Civil

La verdadera batalla se desarrolla a las 5 cinco de la mañana, en la que se asaltan los cuarteles de la Guardia Civil y de los guardias de asalto.

A las seis, se emprenden los combates para apoderarse del Ayuntamiento. El tiroteo es intenso, y cinco minutos después el Ayuntamiento se encuentra en manos de los revolucionarios.

Hacia las ocho de la mañana, más de dos mil obreros con las armas en la mano se han concentrado ante el ayuntamiento. Manuel Grossi Mier, desde el balcón del Ayuntamiento de Mieres, proclama la República Socialista.

Se ha constituido un poder obrero. Ahora hay que organizarse para defenderlo.

Se organiza un primer pelotón de ochenta hombres para ir a tomar el Palacio de la Villa, cuartel de la guardia de asalto. Diez minutos más tarde, se encuentra en poder de los revolucionarios.

Se procede al nombramiento de un comité revolucionario compuesto de dos socialistas, dos anarquistas, dos comunistas y un representante de la Alianza Obrera y del Bloque Obrero y Campesino, representado por Manuel Grossi Mier.

sentadas las poblaciones de Badalona, Barcelona, Callús, Canet de Mar, Esparraguera, Gavá, Igualada, Manresa, Mataró, Puigreig, Rubí, Sabadell, Sallent, Santa Perpetua de Moguda, San Cugat, San Vicente de Castellet, Sitges, Tarrasa, Vilanova i la Geltrú, Girona, Palafrugell, Borjas Blancas, Lleida, Barberà de la Conca, Cabra del Camp y Reus²³. La experiencia se extendió a otras partes. En el País Valenciano, donde la CNT estaba controlada por los sindicatos treintistas y éstos apoyaron la iniciativa, tuvo una influencia real, por ejemplo en Valencia, donde se constituyó en febrero de 1934 con los socialistas, el BOC y la mayoría de los sindicatos cenetistas. En Alicante, fue a finales de abril cuando se formalizó la Alianza integrada por el PSOE, el BOC y unos sindicatos autónomos. En Castellón se formó en julio, después de una huelga general de tres días convocada a finales de enero por un frente compuesto por los socialistas y el BOC, en protesta por una manifestación fascista, que se permanentizó y dio lugar a la Alianza. También hay noticias de que se constituyeron Comités de Alianza Obrera en Alcoy y Vinaroz.

En Asturias, donde desde el mes de febrero se habían estado celebrando reuniones en los locales del Centro de Sociedades Obreras de Oviedo, convocadas por la UGT y la CNT con el fin de llegar a un acuerdo de unidad de acción, acuerdo al que finalmente se llegó el 28 marzo de 1934, con la firma del pacto de alianza obrera entre la UGT –en el interior de la cual ocupa un lugar especial el Sindicato de Obreros Mineros de Asturias– y la CNT y la Federación Socialista Asturiana, al que poco después se añadieron el BOC y la Izquierda Comunista. Sólo el Partido Comunista quedó fuera, autoexcluido y bramando en contra de la “*Santa Alianza*” contrarrevolucionaria. El texto del acuerdo sobre el que se fundamentó la Alianza Obrera asturiana señalaba que “*las organizaciones que subscriben, Unión General de Trabajadores, y Confederación Nacional del Trabajo, convienen entre sí en reconocer que frente a la situación económico-política del régimen burgués de España, se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social*”, para lo cual se establecía en Oviedo “*un Comité Ejecutivo en representación de todas las organizaciones adheridas a este Pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general de toda España*”²⁴.

En Madrid se constituiría en el mes de mayo a iniciativa de las Juventudes Socialistas; también en Sevilla, Badajoz, Jaén, Almería, Granada, Murcia, Santander, Zamora, Toledo... Sin embargo, no consiguió extenderse a todas las provincias y, sobretudo, como veremos a continuación, no consiguió constituirse como un movimiento de ámbito estatal por la negativa del PSOE –el único partido que podía hacerlo– a imprimir esta dinámica a las Alianzas Obreras.

No obstante, a pesar de estas circunstancias, lo cierto es que allí donde se constituyeron con la voluntad de ser úti-

les a los trabajadores, las Alianzas Obreras se convirtieron en un organismo para la movilización de las masas y para la defensa de las reivindicaciones. En Cataluña, la Alianza Obrera convocó el 13 de marzo de 1934 una huelga general de protesta contra el fascismo y en solidaridad con los huelguistas de la construcción y el metal de Madrid, que a pesar del boicot del Gobierno de la Generalitat y de la no participación de la CNT, que estuvo en contra de la misma, fue seguida en diversas poblaciones como Sabadell, Mataró, Manresa, Caldas de Montbui, Gerona, Lérida, Balaguer, Tarragona, Tortosa, Reus, San Vicente de Castellet y Sitges. Asimismo apoyó a los *rabassaires* en el conflicto que les enfrentó con la ERC y la Lliga por la Ley de Contratos de Cultivo.

En Asturias, la Alianza Obrera convocó una huelga general contra la concentración de la CEDA en Covadonga que fue un éxito, y otro tanto ocurriría en Madrid cuando las huestes de Gil Robles quisieron realizar una concentración en El Escorial en abril de 1934. De igual manera, la Alianza Obrera de Madrid impulsó una gran acción de solidaridad con los trabajadores de Zaragoza que se hallaban en huelga general desde hacía varios meses. En Valencia, también en abril, la Alianza Obrera protagonizó un paro de 24 horas en solidaridad con los trabajadores de luz y fuerza que paralizó por completo la ciudad.

La “revolucionarización” del PSOE

Entre el verano de 1933 y los primeros meses de 1934, diversos elementos se conjugaron para sentar las bases que acabarían por dibujar el fenómeno de la “*radicalización*” del PSOE –un fenómeno que por otra parte no fue exclusivamente español–, y acabarían preparando a corto plazo los acontecimientos que tendrían lugar en el mes de octubre. Ya se han comentado algunos de ellos: los efectos de la crisis económica y sus consecuencias políticas y sociales, que quedaron plasmadas en la Europa de los años treinta en el avance inexorable de la dinámica revolución-contrarrevolución, que también alcanzó a España a pesar de su atraso; la crisis misma de la sociedad española que difícilmente podía ser resuelta en el marco de unas estructuras que la República respetó y defendió, y que acabaría incidiendo sobre los partidos que asumieron esa contradicción, particularmente sobre el partido socialista; la tremenda presión de las clases dominantes en el sentido de no admitir ninguna reforma y la impotencia generada tras el fracaso de la coalición republicano-socialista, elementos todos ellos que acabaron “*desestabilizando*” a todos los que creían en la bondad de la táctica gradualista y, en cierta forma, los acabó alejando de ella; la moderación con la que actuaron los socialistas y los dirigentes de la UGT hasta 1933 –los “*sacrificios por la República*”– sólo justificables ante los trabajadores con la existencia de una situación de progreso social ininterrumpido, cosa que como sabemos, no sucedió en ningún momento. Por el contrario, esta política de moderación socavó los cimien-

23.- A.Durgan: op. cit. pág. 243-247.

24.- Manuel Grossi: La insurrección de Asturias, pág. 12. Grossi reproduce el texto completo del acuerdo.

tativas generadas y lo que se había conseguido, al tiempo que sacrificaba la credibilidad ante las masas socialistas para defender una república burguesa que negaba toda posibilidad de reforma. La realidad empujaba a considerar un razonamiento muy sencillo: “*si no están conformes –se preguntaba Largo Caballero– con un jurado mixto, si no están conformes con la Ley de Términos Municipales, ¿es que van a estar conformes esos elementos con que algún día el Partido Socialista pueda pacíficamente transformar la estructura económica de la sociedad, socializar, como se dice en la constitución, la riqueza social?*”²⁵. Es natural que, a la luz de la experiencia propia y de lo que había pasado en Alemania o Austria muchos militantes vieran la política de reformas como una utopía y las alianzas con los republicanos como una pesada carga que difícilmente se podía justificar.

La imposibilidad de acometer reformas sociales sin un cambio revolucionario sirvió, en definitiva, para alejar el sueño de muchos cuadros y militantes del PSOE y la UGT, relativo a la posibilidad de conquistar el socialismo por la vía pacífica o parlamentaria y para revisar la eficacia de la colaboración con los republicanos. También, para abandonar la concepción clásica en la que habían fundamentado años y años de práctica militante muchos dirigentes sindicales, según la cual la emancipación de los trabajadores sería, casi exclusivamente, el resultado final de su organización como clase. La onda “*izquierdista*” llegó a alcanzar durante un tiempo incluso a dirigentes como Indalecio Prieto, líder de la fracción moderada de “*centro*”, que asumió como propio el discurso amenazante de la revolución en el caso de que la derecha reaccionaria llegara al poder.

Es a finales de 1932 cuando empieza el proceso de radicalización de Largo Caballero. En cierto sentido, su origen no era otro que la expresión del estado de ánimo de la base impaciente por la lentitud de las reformas y por el éxito de la derecha en la obstrucción de su aplicación, y al mismo tiempo fue también el reflejo de la movilización obrera que recorría prácticamente toda la península. Hombre poco dado a hacer declaraciones o a participar en mítines mientras fue ministro, la primera vez que Largo Caballero expresó públicamente su indisimulable decepción y su punto de vista político acerca de la actitud que deberían adoptar los socialistas fue en el acto celebrado el 23 de julio de 1933 en el cine Pardiñas de Madrid, que comúnmente se considera el arranque de lo que se daría en llamar “*largocaballerismo*” o izquierda socialista. En este mitin, al que acude para contribuir a la recaudación de fondos para la rotativa de *El Socialista*, y porque observa “*que el enemigo común va apretando el cerco y aumentando la agresividad contra nuestro partido y contra nuestras ideas*”, Largo Caballero todavía reivindica la participación en el gobierno y la colaboración con los republicanos –todavía es ministro–, pero lanza la siguiente advertencia:

“*Ya sabemos nosotros que si ponen a nuestro partido y a nuestras organizaciones en la situación de que, para*

impedir una dictadura burguesa o el fascismo, hay que implantar la dictadura proletaria, el trance es gravísimo para nosotros, muy grave para nuestras organizaciones y muy grave para España. Pero entre las dificultades y la gravedad que esto pueda originar y la gravedad y las dificultades que pueda causarnos la dictadura burguesa o el fascismo, me parece que no hay otra opción; por muchas que sean las dificultades, habrá que arrostrarlas. Y esto no lo inventamos nosotros; lo estamos viendo vivir a camaradas nuestros. Ahí tenéis a Alemania.”

Y añade: “*Que conste bien: el Partido Socialista va a la conquista del poder; y va a la conquista, como digo, legalmente si puede ser. Nosotros deseamos que pueda ser legalmente, con arreglo a la constitución, y si no, como podamos. Y cuando eso ocurra, se gobernará como las circunstancias y las condiciones del país lo permitan. Lo que yo confieso es que si se gana la batalla no será para entregar el poder al enemigo*”²⁶.

Estas manifestaciones fueron complementadas con la intervención que realizó en la Escuela de Verano de las Juventudes Socialistas en agosto del mismo año reafirmando –ante un auditorio enfervorecido que antes había recibido con cierta frialdad y algunas dosis de hostilidad los discursos de Besteiro y Prieto– de todo cuanto había dicho:

“*Algunos han pensado que las palabras pronunciadas en Pardiñas lo fueron con el propósito de causar un efecto exterior, un efecto político, para tonificar un poco los espíritus de los camaradas; pero que no estaba yo muy convencido de ellas, que era una habilidad. Declaro que me ratifico de todo cuanto dije en Pardiñas*”²⁷.

Estas palabras pronunciadas por quién había representado mejor que nadie en el Partido Socialista el prototipo de dirigente archirreformista tuvieron un enorme eco y causaron un revuelo espectacular. El viejo líder reformista –al que pronto sus partidarios comenzarían a llamar el “*Lenin español*”–, y con él, muchos cuadros de la UGT y todas las Juventudes Socialistas, iniciaron un giro que les conduciría a posiciones que sus adversarios calificaron de “*bolchevizantes*”. Particularmente, las Juventudes Socialistas se convirtieron en la caja de resonancia de los puntos de vista de Largo Caballero y en abanderadas de la lucha contra el ala derecha del partido (representada por Besteiro) y el “*centro*” (Prieto). Agitando y proclamando a los cuatro vientos la necesidad de la revolución y de la conquista del poder político, señalan que el instrumento para todo ello es el partido socialista. Un partido socialista que hay que “*depurar*” de todos aquellos elementos contrarios a la revolución. Todos ellos se lanzaron a la conquista del partido y del sindicato y consiguieron desplazar de la dirección a los elementos moderados. Los acontecimientos se sucederán muy rápidamente.

El 19 de septiembre de 1933 tiene lugar una reunión del Comité Nacional del PSOE, en la que los delegados asistentes saludan la salida del gobierno de los ministros socialistas, rechazan el comunicado final que había redac-

gran necesidad en los combates de calle. Otros empleaban el tiempo en limpiar y preparar sus armas viejas, porque lo del alijo del Turquesa aún no había entrado en escena. En fin, tal parece que se sintió de cerca el olor de la pólvora.

4.- La heroica odisea del "Turquesa"

Los encargados de la operación de compra se encuentran ante el Mamalena II que se halla a la venta al no convenir a los intereses de la flota pesquera. Después de una breve discusión se llega a un acuerdo sobre el precio. Los socialistas del Sindicato Minero Asturiano (SMA) se hacen responsables y envían 10.000 ptas. al Banco Hispano Americano de Cádiz, que a su vez serán recogidas en Huelva, como una operación de transferencia de fondos a los sindicatos mineros ugetistas de la zona. [...] Resueltas todas las formalidades, el tres de agosto se ultimó la operación. Amador Fernández, presidente del Sindicato Minero Asturiano, envió desde Oviedo un giro de 73.000 pesetas sacadas de los fondos del SMA y del depósito de la mina San Vicente. El barco había costado 73.000 pesetas, con el giro de 10.000 que se había recibido anteriormente, el importe del barco quedaba saldado.

En los últimos días de agosto, con vigilancia militar, se depositan ante el Turquesa las cajas de armas y municiones. Las 329 cajas que fueron estimadas convenientemente, pesaban 18.216 kilos y contenían 5.000 máuseres, 24 ametralladoras con sus cañones de recambio, un cañón lanzallamas, 18.000 granadas, 324.000 cartuchos de munición.

Para ultimar la compra habían sido pagadas 280.000 pesetas y cumplido este compromiso las cajas de armamento y municiones comenzaron a ser trasladadas desde el castillo de San Sebastián de Cádiz. Sin preocupaciones de otro orden, se pudo cargar en el Turquesa, que había preparado su destino para Yibuti (Abisinia), pero desvió la ruta hacia Asturias, con vista a San Esteban de Pravia (Playa de Aguilar) donde recordamos los malos tragos que causaron las condiciones del desembarco, al que hemos de referirnos con la verdad del detalle. (...)

El Turquesa, Playa de Aguilar

Los compañeros dirigentes del Partido Socialista y de la UGT, con un cálculo adelantado, se apoderan del Turquesa y de su mercancía. En tal hecho viven ligados a la verdad, porque en realidad han sido ellos los que han cotizado los ajustes y los precios del buque y del armamento. Ante el temor a la deslealtad, por parte de ellos mismos, pensaron que se imponía la obligación de dar a conocer a los responsables de la CNT los secretos del problema que se presentaba. La descarga del armamento. El aviso recibido hacía saber que el Turquesa se iba acercando a las aguas de San Esteban de Pravia-Playa de Aguilar.

Cerca de un centenar de socialistas fueron movilizados para la operación. En ella habían de participar todos los dirigentes del Sindicato Minero Asturiano. Algunos elementos de las milicias de las Juventudes Socialistas, afi-

liados al Sindicato de Transportes y algunos compañeros de Valdano, afiliados al Partido Socialista. Igualmente se encontraba presente una muy menguada representación de la CNT(...)

El Turquesa se había situado en la noche a la vista de San Esteban de Pravia en lugar conveniente para no ser visto por algún otro buque que eventualmente hubiera de hacer la entrada o fondear, esperando el día para hacerlo. (...)

En el primer viaje se descargaron 171 cajas, de las 329 que componían la carga del Turquesa, 98 se salvaron, 73 cayeron en manos de la policía, 158 más se quedaron en el Turquesa.

El buque permaneció un tiempo a la misma distancia que se había colocado al principio, pero viendo que las lanchas no aparecían, comenzó a sospechar que podía suceder algo anormal y levanto el ancla entrando en alta mar. Ladeó la costa por dos veces pero no habiendo recibido aviso ni señal puso proa hacia Francia, atracando en Burdeos hacia el 21 de septiembre de 1934, pasados unos días de estar el Turquesa en Burdeos, las autoridades francesas, pasaron el aviso al gobierno español, que sin pérdida de tiempo vienen a hacerse cargo del buque y la tripulación, el capitán y el maquinista se niegan a retornar a España, “*pues prefieren ser detenidos*”. Los marinos cruzan la frontera y son detenidos en Irún. Así se encuentra torpedeada la clase obrera asturiana en su lucha contra los enemigos de la libertad.

5.- La insurrección

DÍA 3

La crisis del Gobierno Samper ha excitado enormemente los ánimos de los trabajadores asturianos (...) ¿Qué va a pasar?

(...) Lo que no puede consentirse es la entrada de la CEDA en el Gobierno. A este respecto, todos parecen unánimes ¡*La CEDA, NO!*

La participación de la CEDA en el Gobierno sería una primera victoria oficial del fascismo. Aceptar esto sin resistencia, sin lucha, sería tanto como prepararse la derrota, el aplastamiento, la tumba. Sería una complicidad.

La amarga experiencia de los trabajadores alemanes está presente en todos los ánimos. Esa experiencia, los trabajadores españoles no la repetirán.

DÍA 4

Hacia las siete de la tarde, se conoce la noticia de la constitución del nuevo Gobierno. Forman parte del él tres ministros de la CEDA. En el primer momento, los obreros se resisten a creerlo. ¡Cómo! ¿Es posible que se les entregue así la República?

(...) Los obreros de Mieres me conocen como miembro del Comité de la alianza Obrera. Vienen a mí y me envuelven en preguntas. ¿Qué piensa hacer el Comité? ¿Que respuesta se da a la provocación de la burguesía? (...) A los que me interrogan les digo:

La Alianza Obrera está informada de cuanto sucede y procederá como corresponde a una organización revolucionaria.

25.- Discursos a los trabajadores, págs. 97-98.

26.- Francisco Largo Caballero, Discursos a los trabajadores, págs. 48-49.

27.-Op. cit., pág. 30-31

Marcelino Magdalena y José Prieto, de Mieres, miembros del Bloque Obrero y Campesino, formaban parte del Comité en calidad de asesores, representando también a la Izquierda Comunista y a la Juventud Comunista Ibérica.

A Javier Bueno, el gran periodista y director del diario socialista Avance, de Oviedo, se le había encomendado la propaganda escrita. Este dignísimo hombre, de temple de acero y de entereza humana en todos los órdenes de la vida, llegado el alto el fuego de la guerra civil no pudo encontrar medios para salir de Madrid, donde hecho prisionero por las llamadas fuerzas nacionales fue condenado a muerte por garrote vil, condena criminal llevada a cabo en la cárcel de Madrid en 1939.

3.- Frente a los ataques de la reacción, se consolida la Alianza Obrera

La reacción que había redoblado su asalto al Gobierno, había elevado su mirada hacia Asturias, fijando su punto de mira sobre los medios de información y propaganda de que disponía la clase obrera. El diario socialista Avance había denunciado a la bestia negra de la vanguardia fascista, que de una manera camuflada hacia su introducción al catecismo del ideario autoritario. Había que eliminar por todos los medios las creencias del socialismo en Asturias. Para lograrlo todos los medios de la brutalidad y antilegales eran buenos. Para lograrlo, sin ocasionar escándalo, se disponía de un ambicioso verdugo pueblerino, el Sr. Rafael Alonso, de la camada de Lerroux, fue el hombre que desde el Ministerio de la Gobernación, con la obligación de realizar la política de la CEDA, declaro al hacerse cargo de su puesto como ministro: *“Pondré en el empeño contrarrevolucionario, toda la lealtad de mi modo de ser, mi saber, mi juventud y mi vida”*.

Desde hacia tiempo toda la camada de Lerroux y Salazar Alonso sentía un odio venenoso contra los trabajadores asturianos, y su primera actuación desde el ministerio de Gobernación es aumentar la plantilla orgánica de la Guardia Civil en 4.000 hombres y en 2.000 la de las fuerzas de seguridad. Estas fuerzas, en su mayoría habían de ser destinadas a la región asturiana, a fin de reprimir con métodos terriblemente inhumanos las huelgas de protesta y reivindicativas que cada día venían aumentando, por la provocación de la patronal.

Se calcula que en Asturias, al comienzo de 1934, había unos 75.000 trabajadores afiliados a los sindicatos. El 58% afiliados a la UGT, el 35% a la CNT, el 5% a la CGTU (comunista) y el restante 3% a los sindicatos católicos. El Sindicato Minero Asturiano podía contar por sí solo con unos 20.000 afiliados. Lo que va quedando señalado quiere decir que la clase obrera asturiana, comparada con la del resto de España, era la que marchaba mas ligada orgánicamente a sus sindicatos y con preferencia se puede mencionar al conjunto del SMA, por su ejemplar disciplina y valentía en la lucha contra la patronal minera.

Los laureles, el señor ministro de la Gobernación, se los iba ganando por su valentía como atacador de la prensa obrera. Sus ordenes desde Madrid, cualquiera diría en el día de hoy que tenían un temple hitleriano, pues por una

falsas pisadas, en falso terreno, al día siguiente aparecían en la prensa cavernícola de la región asturiana una circular anunciando el cambio de gobernador, quizás porque éste no cerraba con suficiente fuerza la argolla del garrote vil.

Marcelino Rico Rivas y Fernando Blanco Santamaría, fueron de los últimos lebreles del ministerio de la Gobernación, que cayeron en Asturias, con mando de gobernadores, al servicio de Lerroux- la CEDA.

Desde el principio del año 1934, ya se sentía en Asturias el eco de la Alianza Obrera organizada en Barcelona. La represión contra la prensa, más concretamente el periódico socialista Avance, tomó unas proporciones como asunto oficial de rutina. El gobernador Marcelino Rico Rivas mantenía en estado permanente la orden de recogida, y todo lo que se hiciese sobre el particular era una razón de orden legal.

La firma del Pacto de la Alianza Obrera Revolucionaria no conmovió al conjunto de la CNT. En el mes de junio de 1934, el día 23, se celebra en Madrid un nuevo pleno regional en la que la posición de los aliancistas gijoneses defendida por José María Martínez y Ramón Álvarez Palomo, quedará en absoluta minoría. Esa contrariedad de la CNT de Madrid, hay que darse cuenta de lo que suponía para la clase obrera asturiana, que vivía entusiasmada con la verdad de la unidad de acción. También el Partido Comunista en sus órganos de información habla de la Alianza Obrera en los siguientes términos: *“Ese engendro de Alianza Obrera parido por los renegados del Bloque Obrero y Campesino, treintistas y socialistas, alianza contra el frente único, es la antesala del fascismo que se debe combatir”*.

Naturalmente que dentro de la Alianza Obrera se habían de formalizar todas las organizaciones, eso era lo que en realidad solicitaba la lucha contra nuestros enemigos. Pero lo que sí hay que tener en cuenta es que en Asturias, una parte de la militancia de la CNT, eran anarquistas con obligaciones en la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y tampoco se sentían muy a gusto con la formación de la Alianza Obrera Revolucionaria, precisamente porque no se sentían muy convencidos de que los socialistas cumplieran el compromiso, es decir que saliesen a la calle llegado el momento de hacer frente al enemigo. Así se presentaba el caso de los compañeros anarquistas de La Felguera (Langreo) y llegó a suceder todo lo contrario, es decir que estos compañeros formaron parte de las primeras avanzadillas de vanguardia. Además en los talleres metalúrgicos de la Duro Felguera, que era el vivero de la FAI, se prepararon una serie de carros blindados que la falta de municiones nos privó de utilizar, tal como se debía hacer. En otra parte ya tendremos tiempo de recordar algunos de estos hechos. Además dejemos aclarado que esos socialistas de los que desconfiaban los anarcosindicalistas habían sido el ejemplo vivo en la vanguardia de la lucha por la libertad.

De todas formas y pese a las repetidas contradicciones que se presentaban por el camino, la Alianza Obrera Revolucionaria se consolidaba en todos los pueblos. En algunos lugares mineros, una vez terminada la jornada de trabajo se daban lecciones de geografía regional, hecho de

tado Prieto e imponen contra la opinión de los dirigentes de la ejecutiva nacional un manifiesto en el que se recoge expresamente la mención a la *“necesidad de conquistar el poder político como medio indispensable para implantar el socialismo”*. La ruptura de la alianza con los republicanos y la consecuente liberación de compromisos dará mayor libertad política a los socialistas. A finales de 1933, después del anuncio de Gil Robles de su determinación de implantar en España el Estado corporativo, se plantea en el Comité Nacional de la UGT una resolución *“a favor de la organización inmediata y urgente, de acuerdo con el partido socialista, de un movimiento revolucionario de carácter nacional para conquistar todo el poder para la clase obrera”*, que es rechazada por 28 votos contra 17; sin embargo, a pesar de esta votación, Largo Caballero consigue que se apruebe la constitución de una comisión mixta PSOE-UGT que tendrá como misión organizar los aspectos prácticos de una insurrección en el caso de que la CEDA acceda al gobierno. Prieto redacta el programa que sustentaría una hipotética sublevación y es presentado en el Comité Nacional de la UGT del 27 de enero de 1934, que lo aprueba, desencadenando así la dimisión de la ejecutiva besteirista²⁸. El programa viene a ser una defensa de la República y de la obra realizada por las Cortes Constituyentes y por el gobierno republicano-socialista, pero la sola invocación a la posibilidad de organizar una insurrección asusta a los elementos más moderados. Largo Caballero es elegido secretario general y uno de sus correligionarios –Anastasio de Gracia– es nombrado presidente. Las federaciones más importantes del sindicato corren la misma suerte: las de construcción, metalúrgicos, banca, transporte y, sobre todo la poderosa Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que pasará a dirigir Ricardo Zabalza. También cae en poder de los *“izquierdistas”* la importante Agrupación Socialista de Madrid, y en abril de 1934, en ocasión del V Congreso de las Juventudes Socialistas, es la dirección de la organización juvenil la que pasa a manos de los partidarios de Largo Caballero, pasando a ser representada por un nuevo presidente, Carlos Hernández Zancajo –dirigente del Sindicato del Transporte y de la Agrupación de Madrid– y por un nuevo secretario general, el joven Santiago Carrillo, que iniciaba entonces su carrera política. A partir de ese momento, la FJS actuará como la punta de lanza de la izquierda socialista y someterá a una presión constante al resto de corrientes del partido. El portavoz de la Juventudes Socialistas, *Renovación*, se convertirá en un agitador permanente en favor de la vía revolucionaria y en la lucha por la depuración del partido, tarea a la que invi-

taban a participar a los trotskistas de la Izquierda Comunista que ellos consideraban *“como los mejores revolucionarios y los mejores teóricos de España”*. En el congreso en el que se desplazó de la dirección a los militantes adscritos a la corriente besteirista que habían dirigido hasta ese momento la organización juvenil, la resolución presentada proclamaba la firme convicción de la organización en los principios de la revolución proletaria y apuntaba que en aquellos momentos no había otra salida que la insurrección armada de la clase obrera para conquistar completamente el poder político e instaurar la dictadura del proletariado. Una resolución que representaba un salto cualitativo en relación al acuerdo al que habían llegado a principios de año las ejecutivas del PSOE y la UGT respecto al programa que habría de acompañar la toma del poder.

El proceso que se operaba en el interior del Partido Socialista no pasó desapercibido, entre otros, para el grupo que dirigía Nin. En abril de 1934, en la revista teórica de la organización, uno de los miembros del Comité Ejecutivo de la ICE exponía muy bien las razones de la radicalización:

“Al parecer, el partido socialista se ha dado cuenta –la realidad entra por los poros de la piel– de que la burguesía va esta vez a la eliminación completa de todo lo que en el mundo obrero ha creado la evolución histórica. Y como al fin y al cabo el partido socialista forma parte integrante y se nutre de ese mundo obrero, el peligro de aniquilamiento amenaza también al partido socialista. Ya no se trata para el partido socialista de servir a la burguesía ejerciendo su influencia adormecedora sobre le proletariado, pues la burguesía le ha hecho saber que no solamente no le pagará nada por el servicio, sino que, por el contrario, una necesidad superior le obliga a ejecutar a su antiguo sirviente (...) Y de acuerdo con sus temores el partido socialista emprende un viraje radical orientándose hacia posiciones revolucionarias. Ya el sólo hecho de aludir a la revolución concentra en torno al partido socialista la casi totalidad del proletariado y de las masas populares”.²⁹

Había que sacar, pues, conclusiones de todo ello. En el mismo número de la revista *Comunismo*, se publicaba un artículo de Trotsky titulado *“Centrismo y Cuarta Internacional”* en el que se apuntaban algunos de los elementos que compondrían el análisis sobre los procesos de diferenciación en el interior de la socialdemocracia internacional, a partir de la experiencia de la lucha de clases. Trotsky se había dado cuenta de que la crisis de los regímenes parlamentarios, característica de la década de los

28.- El proyecto de programa redactado por Prieto constaba de 10 puntos en los que se proponía: nacionalización de todas las tierras; prioridad al financiamiento de los trabajos de irrigación; reforma de la enseñanza pública; disolución de todas las órdenes religiosas, confiscación de sus bienes y expulsión de las que se consideren peligrosas; disolución del Ejército y reorganización del mismo sobre bases democráticas; disolución de la Guardia Civil y creación de una milicia popular; reforma y depuración de la burocracia del Estado; medidas encaminadas al mejoramiento moral y material de los trabajadores de la industria; reforma del sistema fiscal; implantación rápida mediante decreto de las medidas anteriores, ratificadas por los órganos legislativos que libremente se dé el pueblo, y cesación en sus funciones del presidente de la República. Además de estos puntos -que no se publicarían hasta quince meses después- parece ser que Largo Caballero presentó un documento con cinco puntos que concretaban la acción a desarrollar y que eran los siguientes: organización de un movimiento francamente revolucionario; declaración de ese movimiento en el instante en que se juzgue oportuno; poner el partido y la UGT en relación con los elementos que se comprometan a cooperar en el movimiento; si la revolución triunfase, hacerse cargo del poder político el partido socialista y la UGT con la participación de todos aquellos que hubieran colaborado con la revolución; desarrollar el programa citado anteriormente.

29.- Esteban Bilbao: "Algunas consideraciones ante la situación", *Comunismo*, núm. 34, (abril 1934).

cia, ligada históricamente a la existencia de aquellos, y pensaba que los acontecimientos de Alemania y Austria habían sellado la suerte del reformismo clásico y que éste se había visto “obligado” a transformarse en “centrismo”, creando así una nueva situación en la que ya no valían viejas fórmulas repetidas sin tener en cuenta los cambios producidos. La crisis de la socialdemocracia internacional había adoptado básicamente dos expresiones: de un lado, la multiplicación de partidos y organizaciones socialistas de izquierda que proceden de escisiones de la II Internacional, y por otro lado, la proliferación de corrientes de izquierda en el interior de esos mismos partidos. La etiqueta de “reformismo” no tiene ya –según Trotsky– el mismo significado que en la época del capitalismo ascendente y bajo ella se desarrollan fenómenos nuevos que los marxistas no debían ignorar y que abrían perspectivas inmejorables para los revolucionarios. Trotsky propone a los partidarios de la IV Internacional la entrada en los partidos socialistas para precisamente reforzar sus alas izquierdas. En Francia, los militantes de la Liga Comunista deciden entrar en el partido socialista (SFIO) en agosto de 1934. Aunque no sin fuertes discusiones y en algunos casos provocando fuertes crisis, el giro “francés” tendrá igualmente su desarrollo en otros países, como por ejemplo, Bélgica, Polonia, Italia, Inglaterra, Argentina o los Estados Unidos.

En España, la cuestión empezó a discutirse en septiembre de 1934, en vísperas de la insurrección de octubre, pero la mayoría de dirigentes de la ICE se oponen al giro “francés” y afirman por su parte que la “*garantía de futuro reside en el frente único, pero también en la independencia orgánica de la vanguardia del proletariado. De ninguna manera, por un utilitarismo circunstancial, podemos fundirnos con un conglomerado amorfo, llamado a romperse al primer contacto con la realidad*”³⁰. La ICE rechaza la posibilidad de intervenir en la crisis del PSOE y de acercarse a las Juventudes Socialistas, a pesar de que éstas últimas habían hecho llamamientos en este sentido, y a pesar también que algunos de sus dirigentes habían mostrado simpatías por la idea de la IV Internacional. Nin, y con él la mayoría de los dirigentes de la organización, prefiere unirse al proyecto de unificación iniciado por cuatro pequeños partidos en Cataluña, que finalmente se vería reducido a dos –el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista–, y que acabaría desembocando en la constitución del POUM en septiembre de 1935. Meses antes, en abril, la dirección de la ICE había ensayado una vía “intermedia”: en Cataluña, sus militantes seguirían con el proyecto “unificador”, mientras que en el resto de España entrarían en el PSOE para ayudar a su corriente revolucionaria “a orientarse en el sentido del marxismo revolucionario”³¹. Sin embargo, la mayoría de los militantes rechazó esta propuesta y el Comité Ejecutivo decidió finalmente extender el nuevo partido a todo el estado español³².

Los jóvenes socialistas no contarían con la ayuda de, según ellos, los “*mejores revolucionarios*” y los “*mejores teóricos*” para combatir a los reformistas y convertir el PS en el partido de la revolución social. Como veremos más adelante, otros lo harían con el resultado ya conocido: la conversión de las Juventudes Socialistas en JSU, después de la unificación con las Juventudes Comunistas, acabaría proporcionando una base de masas al PC, y bloquearía la posibilidad de profundizar la línea de ruptura con la política de colaboración de clases que los jóvenes socialistas habían intentado ensayar en su lucha contra la derecha socialista.

Alcance y limitaciones de la radicalización socialista

Ciertamente había mucho de retórica en las declaraciones de la izquierda socialista, y es verdad que, como han señalado algunos estudios, éstas parecían más destinadas a presionar al Presidente de la República para que no permitiera el acceso al gobierno de la CEDA, a conjurar este peligro, que no a hacerlas realidad llegado el momento. Pero también es cierto, como escribió Munis, “*que si las amenazas de revolución eran simples sonoridades en boca de los dirigentes socialistas, al repercutir en la conciencia de las masas se transformaba en convicciones y acción*”³³. En realidad, el radicalismo del ala izquierda del PSOE –que como ya se ha señalado respondía sobre todo a un estado de espíritu de las masas obreras, al ascenso revolucionario de las mismas y a la impotencia generada tras el fracaso de la coalición republicano-socialista– se estuvo moviendo durante los primeros meses de 1934 entre la amenaza verbal y la práctica reformista de siempre. El propio desarrollo de las Alianzas Obreras estuvo lastrado precisamente por ello. Munis, que formó parte de la Alianza Obrera de Madrid como delegado de la ICE, ha explicado la actitud de los representantes del PSOE en la misma, y cómo la estrategia equivocada de la izquierda socialista, resumida en la consigna “*nada de batallas parciales*” en nombre de la revolución, reducía las posibilidades de las alianzas, negaba la necesidad de estructurarlas y de llenarlas de contenido, y las convertía en un elemento decorativo o, en el mejor de los casos, en un simple comité de coordinación de las organizaciones. Contradictoriamente, sólo en Cataluña –donde el PSOE no disponía de mucha influencia– y en Asturias –donde paradójicamente la dirección del SOMA y de los socialistas no era largocaballerista sino que estaban identificados con las posturas de Prieto– las alianzas tuvieron un desarrollo diferente y se convirtieron en un referente para el movimiento obrero.

La expresión máxima de la estrategia que despreciaba la lucha cotidiana en nombre de la preparación de la lucha final, pudo observarse en junio de 1934 en ocasión de la

Aquellas elecciones para diputados celebradas en 1933 arrastraron los polvos que habían de ocasionar tanto lodo. En Asturias en esa consulta electoral correspondía elegir un total de 17 diputados que eran los que concedía el censo provincial. Trece de los diputados elegidos corresponderían a las llamadas mayorías y cuatro a las minorías. Tengamos en cuenta que las mujeres votaron por primera vez en España. El resultado de esas elecciones tumbó de lleno del lado de las derechas con trece diputados, y su jefe regional, Melquíades Álvarez en cabeza. Las minorías, o sea cuatro elegidos pasaron a los socialistas.

Desde aquel entonces se puede decir que de una manera persuasiva con un ropaje de hipocresía una parte del pueblo asturiano comenzó a salir a flote haciendo ver sus dientes de chacal, ansiosos de carnaza. Es parte de truhanería es la vanguardia defensiva del capitalismo, que en río revuelto, y cuando la manduca se hace menguada, no reparan en clavarle una navaja en la espalda que por doble sueldo decían proteger.

Esta peste de esquirols y de rufianes al servicio de la patronal, había quedado comprobado que suponía una enfermedad contagiosa, y no quedaba más remedio que impedirlo en todo y por todo, haciendo llegar la llamada de la clase obrera hasta los más escondidos rincones de los hogares proletarios. Era la voz de nuestro derecho a la libertad. Era la defensa de nuestra propia dignidad. Por eso se imponía la obligación de dar vida a la Alianza Obrera Revolucionaria.

2.- Acuerdo entre UGT, CNT y PSOE

Un buen día de la segunda quincena del mes de marzo se apuran los trabajadores del entendimiento y las dos principales organizaciones sindicales que agrupan a la clase obrera de Asturias, en sentido sindical, de las que depende el éxito de la unidad de acción, firman el acuerdo del Pacto, no estimando la adhesión de un organismo político, el PSOE, que, claro está, los anarcosindicalistas parecen mostrar recelo.

Interviene Bonifacio Martín manifestando que la Federación Socialista Asturiana (PSOE) es motor fundamental del movimiento obrero y que por una formalidad no puede excluirse. Los cenetistas, un tanto retenidos, señalan que no tienen facultades para firmar pactos con la FSA. La discusión se puede decir que entra en terreno muerto, hasta que José M^a Martínez propone que al proyecto se le añada una cláusula donde se diga que de esta alianza revolucionaria forma parte, por estar previamente de acuerdo con el contenido del Pacto, la Federación Socialista Asturiana. Esta propuesta es aprobada por todos (...) La Alianza Obrera Revolucionaria ha sido puesta en marcha dentro de la región de Asturias. La clase obrera ya cuenta con su instrumento de ataque y de defensa.

Un esfuerzo de organización

La AOR había nacido, pero para darle un carácter de aglomeración general había que darlo a conocer al resto de las organizaciones obreras de Asturias, y a tal fin se celebra en Oviedo, en el Centro de Sociedades Obreras de la

UGT-PSOE, una gran asamblea donde han sido convocadas todas las fuerzas obreras organizadas de la región asturiana, así como a todos los obreros inorganizados.

En esta reunión, celebrada a últimos de marzo de 1934, queda formalizada la puesta en marcha de la AOR y aparece la exclusión del Partido Comunista, por hacerse incompatible con el programa de acción revolucionaria de la Alianza.

Se acuerda emprender la propaganda en todos los pueblos de Asturias, y muy especialmente en las cuencas hulleras. Los mineros manifestaban un entusiasmo enorme. Sentían la hora de la verdad de su emancipación muy cercana. No alimentaban sentimientos represivos contra su enemigo de clase. Lo que solicitaban era una justicia más comprensiva y más humana, que la patronal llegara a comprender que los obreros del subsuelo ya hacía tiempo que habían dejado de ser esclavos, llegando a amar muy profundamente la libertad.

El Comité Regional

He aquí la formación del Comité Ejecutivo Regional de la Alianza Obrera Revolucionaria de Asturias, que en contacto permanente con los diferentes comités locales fue partícipe y dirigente de la lucha revolucionaria de los quince días de Revolución Socialista.

Presidente: Bonifacio Martín, en representación del PSOE y de la UGT. Ponderado militante socialista, fusilado en Lugones, a 6 Km de Oviedo, por las tropas mercenarias a las órdenes del general López Ochoa.

Vicepresidente: Manuel Grossi, en representación del Bloque Obrero y Campesino.

Secretario: José M^a Martínez, en representación de la Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia (CNT). Este gran hombre apareció muerto en Sotiello, pueblo lindante con Gijón, el 12 de octubre de 1934.

Tesorero: Graciano Antuña, representando al Sindicato Minero Asturiano (UGT), fusilado por los llamados nacionales de Oviedo en 1936, después de haberle aplicado métodos inhumanos de tormento. Este gran compañero y minero socialista supo morir con entera dignidad, como sólo saben morir los hijos de las minas de aquellas líricas y heroicas tierras asturianas.

Eran miembros, igualmente, del Comité Regional de la AOR de Asturias, Amador Fernández Montes, Ramón González Peña, Belarmino Tomás Álvarez y Perfecto González, fusilado éste último por las fuerzas franquistas en 1942, después de haber trepado por las montañas astures por espacio de cuatro años, con las armas en la mano junto con sus compañeros guerrilleros, en reñida lucha contra las fuerzas represivas al servicio del régimen dictatorial que padecía España.

Por la CNT, junto con José M^a Martínez, también formaban parte del Comité Regional de la AOR Avelino Entrialgo y Horacio Argüelles.

Las Juventudes Socialistas estaban representadas por Ángel Fierro, Rafael Fernández y el gran animador Otero, joven socialista de Sama de Langreo.

Las Juventudes Libertarias estaban representadas por los compañeros de la CNT citados.

30.- Comunismo, núm. 38 (septiembre de 1934).31.- Pelai Pagès: op. cit., pág. 278.

31.- Pelai Pagès: op. cit., pág. 278.

32.- Sólo un pequeño grupo de militantes de Madrid decidió no aceptar la resolución del CE de la ICE -entre los que se contaban Fersen, Esteban Bilbao, Munis ...- y pidió la entrada en el PSOE.

33.- G. Munis: Jalones de derrota promesa de victoria / Crítica y teoría de la revolución española, 1930-1939, pág. 139.

Testimonio histórico de Octubre de 1934

Según Manuel Grossi

Publicamos extractos de una serie de artículos escritos en el 50 aniversario de la insurrección obrera de Asturias por uno de sus principales dirigentes, Manuel Grossi Mier, Presidente del Comité Revolucionario de Mieres, epicentro de la insurrección, y vicepresidente del Comité Revolucionario de Asturias.

En 1936 Manuel Grossi participó en la insurrección de Barcelona y luego fue el comandante de una de las columnas del POUM en el frente de Aragón.

Esta serie fue publicada hace veinte años por Combate Socialista, órgano del POSI, a cuya dirección pertenecía Manuel Grossi entonces, en 1984. Por enfermedad de Grossi, ésta serie fue completada por otros compañeros a partir de los escritos del propio Grossi.



1.- Origen de la Alianza Obrera

El 22 de noviembre se inician conversaciones en Cataluña que habían de conducir un mes más tarde a la firma de un documento conjunto por la Federación Catalana del PSOE, la UGT, Unión Socialista de Cataluña, Bloque Obrero y Campesino, Izquierda comunista, Unión de Rabasaires, Partido Sindicalista, Sindicatos de Oposición, Federación Sindicalista Libertaria y Federación de Sindicatos, que se habían separado de la CNT. Se da por finalizada esta reunión con un documento que dice como sigue: *“Las entidades abajo firmantes, de tendencias y aspiraciones doctrinales diversas pero unidas en un común acuerdo de salvaguardar las conquistas conseguidas hasta hoy por la clase obrera española, hemos constituido la Alianza Obrera para oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país, para evitar cualquier golpe de estado, o instauración de una dictadura, y para mantener intactas e incólumes todas aquellas ventajas obtenidas hasta hoy y que representan el patrimonio más estimado de la clase obrera”*.

Se ha de aclarar que la CNT, con ser la fuerza proletaria

organizada más numerosa, no asiste a la reunión constitutiva de la Alianza Obrera y el Partido Comunista no hizo acto de presencia en la reunión porque así se lo había ordenado la tertulia del Kremlin. En fin, el principio de la unidad había hecho salir a flote los primeros brotes del organismo pertinente para la unidad.

El movimiento obrero asturiano

Nosotros, los mineros asturianos, sentíamos muy cerca de nosotros mismos el enorme peso del despotismo represivo que venían ejerciendo la patronal minero-metalúrgica que se sentía terriblemente ofensiva después de las elecciones de 1933, que los socialistas con sus contradicciones internas y los flamantes republicanos con sus rasgos presuntuosos y muy llenos de ambición, siempre dispuestos a desenterrar muertos y legalizar estraperlos, dieron cuerda a las derechas para amarrar lo que ellos llamaban desmanes subversivos, y que en realidad no podían ser nada más que el arranque de unidad de la clase obrera que en su estado de preparación formalizaba su comprensión para el ataque.

huelga campesina convocada por la FNTT. Ésta se vio obligada a tomar esta decisión ante la presión de sus bases, desesperadas por la situación y por el empuje de la reacción. En el mes de mayo, los diputados de la CEDA habían conseguido la revocación definitiva de la Ley de Términos Municipales, poco antes de que empezara la recolección de la cosecha, con lo que los propietarios tuvieron las manos libres para contratar mano de obra forastera —portuguesa y gallega—, en detrimento de los trabajadores locales afiliados a las organizaciones de izquierda, y bajar a continuación los salarios. *El Debate* agitaba en favor de que se contratara sólo a los obreros afiliados a los sindicatos católicos y la situación se hizo desesperante para miles y miles de jornaleros que vieron además como las pocas defensas que tenían —la mayoría socialista en algunos ayuntamientos— también eran anuladas: el ministro del Interior Salazar Alonso, representante político de los terratenientes de Badajoz y colaborador próximo de Gil Robles, dio órdenes de destitución *“allá donde no se tuviera confianza en el alcalde para el mantenimiento del orden público”*³⁴. Alrededor de 200 alcaldes socialistas fueron destituidos por este procedimiento.

Después de múltiples peticiones del sindicato a las autoridades para que cumplieran con la legislación laboral y de numerosas protestas ante la clausura sistemática de Casas del Pueblo y por la persecución que sufrían los trabajadores afiliados al sindicato, la ejecutiva de la FNTT se decidió finalmente por convocar la huelga. La decisión no contó con el respaldo de la ejecutiva de la UGT que se opuso a ella aduciendo, entre otras razones, que un movimiento de este tipo provocaría una represión terrible, que a su vez podría provocar una huelga general en todo el país que la UGT no estaba en condiciones de convocar. El propio Largo Caballero se encargó de indicar a los dirigentes de la federación campesina —todos ellos adscritos a su corriente— que no contaran con ninguna huelga de solidaridad de los trabajadores industriales. Incluso el comité de enlace PSOE-UGT formado en enero para estudiar los detalles de organización de un movimiento revolucionario, informó a todas las secciones de que la huelga campesina no tenía nada que ver con tal movimiento, lo que constituía evidentemente una invitación a no apoyarla. Aún así, los dirigentes de la FNTT, que argumentaban ante sus compañeros de la ejecutiva de la UGT que no podían abandonar a sus afiliados al hambre, la persecución política y a los despidos, mantuvieron la huelga fijando la fecha del 5 de junio para el inicio de la misma³⁵. La respuesta de Salazar Alonso fue publicar un decreto declarando la cosecha un servicio público nacional y la huelga un conflicto revolucionario, y a continuación todas las reuniones, manifestaciones y propaganda que tuvieran que ver con la misma, fueron declaradas ilegales. El primer

golpe fue asestado contra *El Obrero de la Tierra*, que fue clausurado y ya no reaparecería hasta 1936. Se produjeron detenciones masivas de campesinos que eran trasladados en camiones a punta de fusil lejos de sus casas, e incluso se detuvo a cuatro diputados socialistas. A pesar de todo, la huelga fue un éxito en Jaén, Granada, Ciudad Real, Badajoz y Cáceres, y fue seguida notablemente en el resto de Andalucía. Pero los huelguistas no pudieron impedir que los propietarios contrataran mano de obra foránea —de Portugal y otras provincias— y además, el Gobierno recurrió al ejército para utilizar las máquinas trilladoras. La lucha se saldó con una derrota tremenda para la FNTT, a la que la represión golpearía duramente, y a sus líderes, muchos de los cuales fueron condenados a varios años de prisión. El sindicato ya no volvería a dar señales de vida hasta después de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. En Madrid, en el seno de la Alianza Obrera que controlaban los socialistas, Munis batalló para que ésta ocupara su lugar en la lucha y no dejara solos a los campesinos. Sus esfuerzos fueron inútiles pues la teoría del *“ahorro de energías”* espetada por los delegados socialistas se impuso a cualquier otra consideración. Munis acabaría abandonando la Alianza Obrera en protesta por esta actitud claudicante, aunque la ICE volvería semanas después a ocupar de nuevo su puesto en este organismo.

En el marco de la preparación de la anunciada insurrección para el momento en el que la CEDA accediera al Gobierno, los socialistas —y particularmente el ala izquierda— mostraron la otra cara de su radicalismo verbal, y abandonando a su suerte a miles de campesinos y al sindicato que decidió luchar con ellos, permitieron un triunfo de la reacción que tendría posteriormente consecuencias en octubre. Como se verá a continuación, la orientación política que despreciaba las luchas parciales porque podían desgastar las fuerzas para la *“lucha final”* no fue sino la cobertura ideológica tras la cual se parapetó la izquierda socialista para continuar con la práctica política con la que, a pesar de la fraseología utilizada, no habían roto.

La CEDA accede al Gobierno: estalla la insurrección

Fortalecidos por la victoria sobre la huelga campesina, la reacción se atrevió a dar un paso adelante. A finales de septiembre, la CEDA anunció que no podía continuar dando apoyo a un gobierno minoritario —el mismo que hasta ese momento le había facilitado su labor contrarrevolucionaria— y abrió con ello la crisis. Samper dimitió el 1 de octubre y Alcalá Zamora inició la ronda habitual de consultas con todos los representantes políticos con vistas a solucionar la crisis. Republicanos moderados como Martínez Barrio y Sánchez Román sugirieron al presiden-

34.- Paul Preston: op. cit., pág. 188.

35.- Las peticiones de la huelga eran: cumplimiento de las bases de trabajo; obligatoriedad del servicio de colocación con turno riguroso, independientemente de la afiliación política; reglamentación del empleo de máquinas y forasteros para asegurar cuarenta días de trabajo a los trabajadores de cada provincia; medidas inmediatas y efectivas contra el paro; apropiación temporal por el Instituto de Reforma Agraria de las tierras cuya expropiación estaba prevista en la ley de reforma agraria y su arrendamiento colectivo a los desempleados; aplicación de la ley de arrendamientos colectivos; reconocimiento del derecho a relevar a todos los beneficiados por la intensificación de los cultivos; asentamiento antes del otoño de los campesinos para los que el Instituto de Reforma Agraria tenía tierras disponibles; creación de un fondo crediticio para ayudar a los arrendamientos colectivos; y rescate de bienes comunales (citado en Paul Preston: op. cit., pág. 192).

te de la República que no permitiera la entrada de la CEDA en el gobierno. Los socialistas pidieron la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. Nada de ello hizo cambiar de opinión al presidente de la República. Aunque el día antes ya se conocía oficialmente, el 4 de octubre se anunciaba la constitución del nuevo gobierno con la inclusión de tres ministros de la CEDA. La elección de las personas que habían de representar a este partido en el nuevo gabinete constituía toda una declaración de guerra: desde el ofrecimiento de la cartera de Agricultura –que ocuparía Manuel Giménez Fernández– con lo que suponía que un representante de la CEDA ocupara este ministerio después de que este partido se hubiera hecho eco de todas las reivindicaciones de los terratenientes, pasando por la designación para el Ministerio de Justicia –que recayó en el diputado por Pamplona Rafael Aizpún, un hombre que no ocultaba sus simpatías tradicionalistas–, para acabar con la designación para la cartera de Trabajo de Anguera de Sojo, un jurista especialista en derecho canónico y fiscal responsable del secuestro de 100 números de *El Socialista*, que era además miembro destacado del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y por tanto, enemigo acérrimo de la Esquerra Republicana y del Gobierno de la Generalitat³⁶.

Desde el 1 de octubre, fecha en que se anuncia la crisis gubernamental, hasta el momento en el que se constituye un nuevo gabinete presidido por Lerroux con los tres ministros de la CEDA, los dirigentes socialistas –incluido Largo Caballero–, lejos de prepararse para la conquista del poder, estuvieron apurando hasta el último momento todas las posibilidades de intentar influir en el presidente de la República para evitar lo que parecía inevitable y ahorrarse así la responsabilidad de desencadenar el movimiento con el que habían estado amenazando desde hacía meses. Sólo cuando el nuevo gobierno, horas después de constituirse, anunció la implantación de la ley marcial, no les quedó más remedio que batirse, pero ello se hizo sin preparación y sobre todo sin dirección. En Madrid, el 4 de octubre, los dirigentes de UGT anunciaron a las autoridades con 24 horas de antelación que iban a realizar una huelga general pacífica, intentando de esta manera y a la desesperada que Alcalá Zamora cambiara de opinión. El plazo dado ofreció al Gobierno la posibilidad de prepararse eventualmente contra la protesta: inmediatamente fueron encarcelados todos los dirigentes obreros que no huyeron o se escondieron. Largo Caballero tuvo que ocultarse para evitar ser detenido y Prieto marchó al exilio. La huelga completamente desorganizada se alargó durante ocho días, mientras las milicias organizadas por las Juventudes Socialistas quedaban inoperativas al no disponer de instrucciones a seguir, ni de armas, ni de ningún plan de combate.

Octubre de 1934 certificó la impotencia de la fracción largocaballerista, perdida en la inconsistencia de su ruptura con el reformismo del PSOE y sin elementos suficien-

tes para hacer ésta de forma consciente, de la misma manera que significó y demostró claramente la voluntad de combate de miles de trabajadores. En efecto, si en Madrid feudo de la fracción izquierdista, el movimiento estuvo deshilvanado, en Asturias y en Cataluña, lugares donde la Alianza Obrera tuvo un desarrollo real, las masas respondieron al llamamiento a la lucha.

El movimiento en Cataluña y en Asturias

En Cataluña, con las primeras noticias de la crisis, la Alianza Obrera se reunió en sesión plenaria desde el 3 de octubre mientras recibía a los delegados de todas las poblaciones donde se había constituido. En la misma, los delegados del BOC –entre los que se encontraba Maurín– tuvieron un gran protagonismo e impusieron su orientación. Tras horas de reunión y debate, se decidió convocar una huelga general para el día 5, al tiempo que se acordaba enviar una delegación para explicar a Companys los planes de la Alianza Obrera y para exhortarlo a que proclamara la República Catalana. Previamente se había enviado otra delegación a Madrid para que se entrevistara con los delegados madrileños de la alianza con vistas a organizar un movimiento en todo el país.

A pesar de que la CEDA había anunciado que su programa de gobierno incluía, entre otras cosas, acabar con la autonomía catalana, el gobierno de la Generalitat no se mostró receptivo a las propuestas de la Alianza Obrera. Es más, el consejero de Gobernación, Josep Dencàs, ordenó a la policía la disolución de una manifestación convocada por ésta. Sin embargo, a pesar del nulo apoyo de las fuerzas que sostenían el gobierno autónomo, de la actitud hostil de los “*escamots*” de Dencàs, y del desistimiento de los dirigentes de la CNT, la convocatoria de huelga consiguió paralizar Barcelona³⁷. Por otro lado, en buena parte de las más importantes localidades catalanas, los comités de alianza obrera consiguieron hacerse con el control de la situación en las respectivas poblaciones y se apoderaron del poder local ocupando los ayuntamientos. En Sabadell, la huelga había triunfado plenamente desde horas antes y los obreros controlaban la ciudad en la que el Comité de Alianza Obrera había proclamado la República catalana. En Lérida, también los trabajadores habían “*tomado*” la ciudad y habían arrinconado a la Guardia Civil. En Girona, Tarragona, Reus, Sitges, Vilanova, el movimiento había triunfado igualmente. En esta última población se proclamó la República socialista. En todos estos sitios, la iniciativa correspondía a la Alianza Obrera o a las fuerzas que la componían. La Esquerra Republicana y el Gobierno de la Generalitat fueron a remolque de la situación. Mientras llegaban noticias de que en Madrid, Asturias y otros puntos de España había estallado la huelga general, al anochecer del viernes día 5, tuvo lugar en Barcelona una manifestación convocada por la Alianza Obrera que agrupó miles de personas, exigiendo la instauración de la

República Catalana. El 6, nuevamente se formó una manifestación que, dirigiéndose a la sede del Gobierno, volvió a exigir la proclamación de la República Catalana y la entrega por éste de armas. A las ocho de la tarde, presionado por las circunstancias, Companys acabaría anunciando desde el balcón de la Generalitat la “*creación del Estado catalán dentro de la República Federal española*”. Los militantes de la Alianza Obrera exigían armas pero éstas no fueron entregadas por el Gobierno, mientras que por otro lado, los “*escamots*” organizados por Dencàs –que sí disponían de algunas armas–, así como numerosos militantes de Esquerra y *rabassaires* que habían acudido para luchar, esperaban inútilmente instrucciones. Temían que si se entregaban armas a la Alianza Obrera ésta se haría con el control de la situación en la capital catalana, como ya ocurría en otras poblaciones. Así las cosas, el gobierno de Madrid lo tuvo fácil: sin encontrar obstáculos, 500 soldados de la guarnición de Barcelona salieron de sus acuartelamientos para reprimir el acto de rebeldía del gobierno autónomo y para restablecer el orden público. Diez horas después del asedio de las tropas al palacio de la Generalitat, bombardeado por la artillería, el Gobierno catalán se rendía. Los “*escamots*” concentrados huyeron dejando las armas y los militantes de la Alianza Obrera se disolvían igualmente. En Barcelona, la resistencia se prolongó unas horas más en los locales del CADCI, en los que unos 40 militantes se habían atrincherado hasta que fueron doblegados a cañonazos. En las comarcas, la resistencia se prolongó hasta el día 9, fecha en la que el Ejército consiguió someter a los revolucionarios.

Sin duda fue en Asturias donde la insurrección caló más hondo. Aquí la Alianza Obrera contaba con los apoyos reales de todas las organizaciones a excepción de la del PC –que se uniría a última hora– y con una influencia contrastada. La madrugada del 4 al 5 de octubre empiezan los combates en Mieres, que se convierte en el centro de la insurrección asturiana, con el cerco de los mineros a los cuarteles de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. El Ayuntamiento cae en poder de los revolucionarios y Manuel Grossi, vicepresidente del Comité Ejecutivo regional de la Alianza Obrera de Asturias, proclama la República Socialista. Se nombra un Comité Revolucionario compuesto por dos representantes socialistas, dos de la CNT, dos del PC, y Grossi en representación del BOC y de la Alianza Obrera. Una vez controlada la situación en Mieres los revolucionarios deciden marchar hacia la capital, hacia Oviedo, para completar la victoria. Durante el 5, la lucha se extiende a la mayoría de pueblos de la región. En cada pueblo se ha constituido un Comité revolucionario y se han organizado milicias para ocupar la capital, cuyo asalto comienza a las 6 de la mañana del día 6. Diez horas después el ayuntamiento de Oviedo se halla ya en poder de los mineros, aunque no se controla completamente la ciudad. Otras localidades van cayendo en poder de los revolucionarios, que además consiguen el apoyo de algunos destacamentos de soldados y se hacen igualmente con la fábrica de armas de Trubia y la fábrica de dinamita

de la Manjoya. Aunque llegan noticias de que el gobierno catalán se ha rendido y de que la insurrección en Barcelona ha fracasado, los revolucionarios asturianos deciden continuar. El Cuartel General de las milicias –el “*ejército rojo*” minero– se halla instalado en la Casa del Pueblo de Mieres. Las milicias las forman grupos o compañías de 30 hombres con un responsable al frente, que hacen de la dinamita su principal arma de lucha. El 9 se apoderan de la fábrica de armas de Oviedo, mientras el Gobierno reacciona enviando gran cantidad de tropas a Asturias y bombardeando ciudades como Gijón, que es ocupada por tropas del Tercio el día 10, igual que Avilés. Ante el avance del Ejército y prácticamente sin municiones, el 11, los revolucionarios deciden replegarse sobre la cuenca minera. La capital asturiana cae en poder de las tropas de López Ochoa el 12, tras lo cual se inicia inmediatamente una cruel represión. En los días siguientes, el avance de los Regulares y del Tercio por toda la cuenca minera será imparable, y será acompañado igualmente de una represión feroz que no respetará a nadie. El 15, ante la escasez de munición y el aislamiento, la realidad se impone: el Comité de Mieres acuerda comunicar al Comité Regional de la Alianza Obrera su criterio favorable a negociar el fin de los combates, criterio que es aceptado por este último. El 18, el Comité Provincial Revolucionario de Asturias hace público un manifiesto dirigido a todos los trabajadores en el que se pide que se depongan las armas “*en evitación de males mayores*”. Para el Comité provincial, se trata de “*un alto en el camino, un paréntesis*”³⁸. Al día siguiente, finaliza toda resistencia.

La lucha de los mineros asturianos se convertiría en un símbolo y en una referencia. A pesar de la derrota, el conjunto del movimiento obrero la interpretó como el Comité asturiano: como un paréntesis en la lucha. Los hechos que se producirían meses después lo confirmarían plenamente.



Consejo de defensa de Asturias

36.- Al parecer, la designación de Anguera de Sojo fue una acción premeditada de provocación, pues una delegación de la Esquerra Republicana se entrevistó previamente con Alcalá Zamora para pedirle su exclusión del gobierno. Gil Robles se negó en redondo a aceptar su substitución por otro representante de la CEDA (v. Paul Preston: op. cit., pág. 207).

37.- En algunas poblaciones como Badalona, Granollers, Ripoll, Suria y Tarrasa, militantes cenetistas participaron plenamente.

38.- Manuel Grossi: op. cit., pág. 129.